

Serie terror
THANATOS

Kelltom McIntire

Los crímenes
de Harrew Town

NOVELA INEDITA



EDICIONES FORUM

**Kelltom
McIntire**

**Los crímenes
de Harrew Town**

EDICIONES FORUM

1.ª edición: enero 1985
Esta edición es propiedad de
Editorial Della, S. A.
Paseo de Gracia. 88, planta 5.ª
08008 Barcelona

©Texto: Kelltom McIntire
© Cubierta: Segrelles - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-055-4
Depósito Legal: B-48-1985
Kontcomposición: Ungral, S. A.
Pujadas, 77-79, 8.ª planta
08005 Barcelona
Impresión: T. G. Soler S. A.
Enríe Minera. 15.
Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, enero 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

Anocheecía.

Desde la ventana, Vanessa podía ver la curva del río, la oscura arboleda y la bruma grisácea que se elevaba de las verdosas orillas.

Llevaba mucho rato apoyada en el marco de la ventana. Tanto, que su brazo izquierdo se había adormecido y, cuando al fin se apartó de allí, violentos calambres recorrieron sus músculos.

Se detuvo en mitad del gran salón silencioso. Su silueta se reflejaba en un folio espejo isabelino.

Vanessa se contempló con curiosidad, sin prisas. Su vestido era negro y ceñido, pero la vestimenta de luto no bastaba para velar su cuerpo joven, pleno de vigor y de atractivo femenino.

Un rostro pálido, enmarcado por cabellos rubios oscuros, unos ojos verdes profundos, pómulos prominentes, frutales, nariz fina, labios gruesos un tanto descoloridos y fruncidos en un rictus sensual...

Su mirada descendió al busto. Inconscientemente, giró para contemplarse de perfil.

Senos henchidos, duros, juveniles, que no necesitaban de artificios para mantenerse enhiestos.

Fina la cintura y plano el vientre —Harold y ella no habían dispuesto del tiempo preciso para tener un niño—, firmes y bien modeladas las caderas, piernas largas, perfectas; tobillos armoniosos...

Una sonrisa leve distendió los labios de Vanessa McKarlish.

Y se aprobó a sí misma con un gesto de complacencia.

—Estoy guapa —pensó—. Soy una mujer muy atractiva. Pero... ¿de qué me sirve?

Suspiró apenas y se dejó caer sobre el cómodo sillón, frente a la chimenea en la que ardía una alegre lumbre de leños de roble.

Cruzó las piernas, apoyó la barbilla sobre el dorso de la mano

derecha en un claro gesto de aburrimiento.

Vanessa McKarlish, veintidós años. Una mujer muy joven, bella y... viuda.

Harold, su esposo, yacía en el panteón de los McKarlish, en el pequeño cementerio de Harrew Town.

—Tres meses ya —pensó.

Sus labios se plegaron en un rictus de amargura.

—¡Dios mío! —murmuró—. Apenas tuve tiempo de amarlo, de gozar de su compañía, de su fogoso ardor juvenil.

Se habían conocido en marzo, se casaron en abril. Luego un turbulento y apasionado idilio a través de Europa. Y el regreso a *McKarlish Residente*, en Harrew Town, a poco más de ochenta kilómetros de Londres, en la comarca de Langmoor.

Las llamas lamían sin cesar los gruesos troncos de dura madera de roble. Vanessa se acarició las piernas: el fuego de la chimenea era demasiado vivo y el calor abrasaba su piel.

Se incorporó y caminó lentamente hacia la ventana.

Ya había anochecido. A la izquierda brillaron los dedos luminosos de unos faros y hasta ella llegó el rumor lejano de un tren.

Se estremeció de pies a cabeza.

¡El tren, el paso a nivel; Harold despedazado sobre la vía...!

Ardientes y silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¡Harold, Harold, amor mío! —gimió, angustiada.

El tren cruzó sobre el río a través del puente metálico y luego desapareció tras la mancha densa del bosque.

La bruma que surgía del río inundaba ya la carretera y llegaba lentamente hasta los confines de Harrew Town.

Desde la ventana podía divisarse la luminosidad fosforescente del Berrayne Tavern, la taberna situada a la entrada del pueblo.

Una tremenda desgracia, la muerte de Harold. Lleno de vida, joven —aún no había cumplido los treinta años—, atlético, temerario, deportista y, ahora, muerto.

Harold amaba los coches deportivos y, sobre todo, las motos. Se había encaprichado con una «Honda» de gran cilindrada y Vanessa no se había sentido con fuerzas suficientes para negarse a complacer aquel capricho.

Harold tomara su motocicleta, y salía disparado a través de los

caminos de Langmoor.

Era joven, audaz y experto en la conducción de todo tipo de vehículos.

Cuando llegaba como un ciclón al parque que rodeaba *McKarlsh Residence* y derrapaba espectacularmente sobre la grava o saltaba peligrosamente sobre un alto seto, Vanessa se llevaba las manos a los labios y ahogaba un alarido de horror.

—Tenía que ocurrir —murmuró ahora, temblorosa—. Y ocurrió.

Una tarde de finales de agosto, Vanessa escuchó el horrísono trepidar de la potente «Honda». Se había asomado a aquella misma ventana. Y gritó:

—¿Harold?

—¡Hey! —contestó él, alegremente, agitando la mano izquierda al par que aceleraba estrepitosamente con la derecha—. ¿Vienes a dar un paseo?

—¡Por nada del mundo! —respondió ella. Porque aún recordaba la última vez que había cabalgado tras su esposo sobre la potente motocicleta. Recordaba perfectamente la angustia que había sentido corriendo a noventa kilómetros por hora a través de los prados, saltando brutalmente sobre las cunetas y repechos, cruzando el vacío en temerarios saltos de ocho o diez metros o derrapando violentamente al tomar la curva cerrada de uno de los innumerables caminitos de Langmoor.

—¡Vamos, baja! —insistió él—. ¿Es que una McKarlsh puede permitirse el lujo de sentir miedo?

—¡No lo sé! —gritó Vanessa para hacerse oír por encima del estrépito del ruidoso escape—. Pero no me gustaría volver a casa con media docena de costillas rotas.

Harold hizo un expresivo gesto que podría traducirse por un «¿Qué importan unos cuantos huesos rotos?», y abandonó el parque como una exhalación, dejando tras de sí una nube de polvo rojizo.

Vanessa y Harold Hobson componían una imperfecta combinación, una curiosa antítesis: ella era reposada, tranquila, reflexiva; por el contrario, Harold era impulsivo, alocado, extrovertido, pero... ¡tan fogoso y apasionado!

Una de aquellas tardes de verano, Vanessa trató de impedir sus locas correrías a lomos del caballo mecánico.

—Me siento angustiada cada vez que abandonas *McKarlsh*

Residence, amor mío —se lamentó—. Temo que una noche vengan a avisarme para decirme que han hallado tu cuerpo destrozado en el fondo de un talud...

Él había reído locamente, restando importancia al asunto con uno de sus expresivos gestos, más propios de un ferviente latino que de un flemático inglés.

—¡Al diablo! —Gruñó—. Soy joven, me siento rebosante de energías... ¡necesito correr a través de los campos! Déjame que goce ahora que soy joven. Te prometo que cuando tenca cuarenta años me sentaré, junto a ti, al calor de la lumbre, y compondré la figura perfecta de un terrateniente inglés.

Entre tanto...

—Harold, me das miedo —respondió ella—. ¡Si murieras...!

Ahora estaba muerto.

Todavía podía escuchar Vanessa las juveniles carcajadas de su esposo cuando se alejaba envuelto en una nube de polvo.

—¡Si muriera! —reía él, despreocupado. Y súbitamente se quedó serio—. ¿Qué ocurriría si yo muriera?

Vanessa sintió correr las lágrimas por sus mejillas.

—No sé —susurró al fin, estremecida de angustia—. Tal vez... yo me mataría.

—¿Tanto me quieres? —preguntó Harold, sorprendido y admirado.

—Te quiero más que a mí misma —confesó ella, con voz ardiente y vibrante.

—Entonces, prométeme una cosa.

—¡Dímelo! —exclamó ella, ferviente.

—Sé que voy a vivir muchos años, pero si ocurriera lo peor... Prométeme que te ocuparás de Phil —pidió Harold.

Súbitamente se desataron los celos en el pecho de Vanessa.

Phil era el hijo natural de Harold. Lo había tenido con una alegre camarera de club, diez años atrás. No importaba que Harold le hubiera jurado mil veces que de su efímera unión con Glynnis Brown no quedaba más recuerdo que aquel hijo de diez años. Cada vez que él mencionaba a Phil, ella sentía la ardiente comezón de los celos destrozando su tranquilidad, alterando su equilibrio emocional.

—Prométemelo —insistió Harold, con expresión ansiosa.

—Hace meses que me estoy ocupando de tu hijo —respondió ella con expresión sombría.

Era cierto. Phil había ingresado en un carísimo colegio de Londres y Vanessa corría con los cuantiosos gastos del niño.

—No me refiero a eso. No sólo a eso —remachó él—. Quiero algo más. Vanessa. Deberías hacer mucho más... en memoria mía, si yo muriera.

—¡No quiero hablar de eso, no quiero seguir hablando de algo tan absurdo! —protestó ella, llorosa y acongojada.

—Ésa es la medida de tu amor por mí —gruñó Harold, despechado. Y montó en la moto y se alejó velozmente.

Volvió muy tarde, pasadas las diez de la noche. Subió a sus habitaciones y bajó media hora después, elegantemente vestido. La mesa estaba dispuesta para la cena. Higgins, el mayordomo, aguardaba una señal para comenzar a servirla.

Harold estaba serio y tomó asiento sin decir una palabra. En cuanto Higgins abandonó el comedor, Vanessa se puso en pie impulsivamente y se arrojó a los pies de su esposo.

—¡Por favor, por favor, Harold! —suplicó, estremecida—. Discúlpame, te lo ruego. He estado pensando en lo que hablamos esta tarde Haré lo que tú quieres... respecto a Phil.

Harold acarició sus rubios cabellos, la tomó luego por la barbilla y la besó apasionadamente en la boca.

—Sabía que serías generosa, pequeña mía. Verás: me preocupa la suerte de mi hijo. Tú no congeniabas con él y me avine a que estudiara lejos de Harrew Town. Pero su futuro...

—¿Qué has pensado? —le interrumpió Vanessa, ansiosa por satisfacer a su esposo.

—Eres una mujer riquísima, pequeña, pero tú sabes que yo nada quiero para mí. Si yo muriese... prométeme que nombrarás a Phil tu heredero universal.

Vanessa cerró los ojos.

—Lo prometo —susurró. Y se abrazó a las rodillas de Harold, cariñosa y sumisa.

Había cumplido su palabra. Dos semanas después de la muerte de Harold, había alterado su testamento. A partir de aquella fecha. Phil Hobson quedaba convertido en el único beneficiario de una herencia que superaba los quince millones de libras esterlinas.

Muerto Harold... ¿qué importaba lo demás?

La semana anterior había visitado por última vez a Phil en el *McQyne College* de Londres. Había informado a Phil de su decisión, cariñosa y claramente. Por desgracia, Phil, a sus once años, era un chico introvertido, hermético, terriblemente serio para su edad. Se había limitado a hacer una leve inclinación de cabeza al oír la noticia y a murmurar un seco e impersonal:

—Gracias, señora.

Vanessa no amaba al niño, pero eso carecía de importancia. Se había limitado a cumplir el deseo de Harold: si Vanessa McKarlish moría, el pequeño Phil se convertiría en un riquísimo heredero.

Con lo que no transigió fue con las obsequiosas y continuas visitas de los demás familiares de Harold: Edwidge, su seca y desgalichada hermana, *mister* Tom Gwins, esposo de ésta, y el padrastro de Harold, aquel grueso y cínico borrachín llamado Larry Melbourne, cuyo aliento hedía constantemente a *whisky* de granel.

Antes de que Harold muriera, Vanessa había venido pasando una pensión mensual de quinientas libras a cada una de aquellas tres desagradables personas. Pero después de la muerte de su esposo, a Vanessa se le hizo insoportable la presencia de los parientes de Harold en *McKarlsh Residence*.

Eran, en verdad, desagradables. Edwidge medía un metro ochenta, era alta, fibrosa, de cabellos pajizos, ojos acuosos y dientes caballunos. Su esposo, Tom, era un empleado de pompas fúnebres, delgado, cadavérico, de cabellos ralos y dedos manchados de nicotina. En cuanto al padrastro, Tom Melbourne, se comportaba groseramente en la mesa, eructaba constantemente y solía entrar a saco en la bodega de *McKarlsh Mansión* para elegir frescamente el jerez más añejo o los licores más preciados.

Vanessa decidió librarse de ellos para siempre. Le costó dinero, es cierto: una donación de diez mil libras para cada uno. En cuanto dispusieron de aquel dinero, los parientes de Harold se marcharon para no volver, al menos hasta la fecha.

Vanessa se apartó de la ventana y paseó sin rumbo a lo largo del espacioso salón.

«¡Qué largos se hacen los días sin la presencia de Harold...!» — pensó, angustiada.

Si él se hubiera dejado guiar por sus consejos... Pero dominar su

fogoso carácter era absolutamente imposible. Harold era un hombre atolondrado, desenfrenado en sus pasiones y caprichos...

Cuando se conocieron en Londres. Harold no poseía nada. Era un actor secundario, que trabajaba tres o cuatro meses al año y vivía de una forma frívola y desenfadada. Pero Vanessa se enamoró perdidamente de él y eso era lo único que importaba. Por fortuna, ella no tenía parientes y no estaba obligada a dar cuentas a nadie.

—¡Loco, loco, mil veces loco! —gimió—. ¡Hubiéramos sido tan felices...!

Aquella terrible noche de agosto... Vanessa comenzó a inquietarse cuando llegó la noche y Harold no regresó.

A las diez, asomada a la ventana, vio pasar el tren en dirección a Londres.

Quince minutos más tarde, un automóvil frenó bruscamente ante la fachada de *McKarlsh Residence*.

Se oyó la destemplada resonancia de una bocina y Vanessa corrió escaleras abajo hacia el vestíbulo.

Ed Burke y su sobrino la contemplaron en silencio. Burke era el cartero de Harrew Town y regresaba de la estación tras recoger una saca de correos.

—¿Qué...? —inquirió Vanessa, cortada la respiración.

—Lo siento de verás, *milady*. Es su esposo. El tren acaba de atropellarle —anunció Burke.

Vanessa exhaló un alarido de horror y corrió velozmente hacia el garaje. Pero antes de que consiguiese poner en marcha el motor de su *Triumph* gris plata, Burke y el mayordomo la detuvieron.

—Por favor, *milady*. No vaya a verlo. El cuerpo del señor Hobson ha resultado terriblemente... despedazado —le suplicó el viejo cartero.

Hondos sollozos brotaron del pecho de Vanessa, que se estremeció violentamente, sintiéndose morir.

Al cabo, cuando consiguió calmarse un tanto, la señora Richards y el mayordomo la llevaron hacia la casa.

—Pero... ¿cómo... cómo... cómo...? —gemía desconsolada.

—Nadie sabe muy bien cómo ocurrió la desgracia —respondió Burke—. Según se supone, el señor Hobson conducía su motocicleta con las luces apagadas. No debió de ver la barrera del paso a nivel, chocó contra ella y... cayó a la vía en el fatídico instante en que

cruzaba el tren.

—No hay duda, supongo —murmuró ella—. ¿Está... está muerto?

Burke asintió con lenta cabeza.

—Por desgracia, así es, señora. No cabe la menor duda.

Vanessa estalló en una tremenda crisis nerviosa. Enseguida fue avisado el doctor Fulham, médico de Harrew Town, el cual le inyectó un sedante que la permitió dormir durante diez horas seguidas.

Max Russell, el joven sargento de policía de la localidad, llegó a *McKarlsh Residence* a las diez de la mañana del día siguiente.

Poco a poco, Vanessa fue conociendo las dramáticas circunstancias del caso.

—El tren se detuvo a unos quinientos metros. Pude interrogar al maquinista, pero aseguró que no había tenido oportunidad de impedir el accidente, pues el cuerpo de su esposo cayó a la vía un segundo antes de que el convoy cruzase el paso a nivel...

No tendría que presentarse en el depósito de cadáveres para reconocer a su esposo: las ruedas de la locomotora habían destrozado su cráneo hasta convertirlo en una masa ir reconocible. Sus dos piernas habían sido cortadas a la altura de las rodillas, al igual que sus brazos. El tren había arrastrado los pobres pingajos a lo largo de centenares de metros, por lo que...

—¿Están... están seguros de que era él? —preguntó la demacrada Vanessa, entreviendo una débil esperanza.

—Así es, por desgracia —respondió Max Russell, con afabilidad—. Le he traído los objetos personales que pudimos recuperar su reloj de oro, el solitario de platino, su documento de identidad... Aquí están.

—Harold... tenía una cicatriz en... en el codo izquierdo —dijo ella.

—Una cicatriz provocada por una quemadura, en efecto. Comprendo, señora, que trate de asirse a un clavo ardiendo y siento tener que horrar cualquier esperanza: los restos que recogimos a lo largo de trescientos metros corresponden a Harold Hobson —informó el policía con voz mesurada.

Fueron unos días horribles. Vanessa quería morir, perdido el impulso vital que para ella había supuesto Harold Hobson.

Sólo la solicitud de Higgins y la señora Richards y la comprensión de Max Russell, que la visitó constantemente por aquellas fechas, impidieron que Vanessa se dejara llevar de forma irremediable por la desesperación.

Harold fue enterrado a la mañana siguiente en el lujoso panteón de los McKarlish.

Tom y Edwidge Gwins acudieron al entierro, acompañados de Larry Melbourne, borracho como una cuba a pesar de las luctuosas circunstancias.

De regreso a *McKarlsh Residence*, Vanessa se vio obligada a escuchar las torpes palabras de consuelo de los parientes de Harold, que trataron de rodearla de una solicitud empalagosa y agobiante.

—¡Pobrecita, pobrecita! —clamaba a cada momento la seca Edwidge Gwins, mientras Tom fumaba incansablemente sus apuestos cigarrillos, y Larry Melbourne se servía disimuladamente generosas raciones de excelente *scotch* añejo.

Aquella noche, la segunda que dormía sola en el enorme lecho conyugal, Vanessa tuvo una pesadilla alucinante.

Veía en sueños unas piernas cortadas y sangrantes, que se elevaban despacio e iniciaban un macabro baile rítmico. Poco a poco, aparecía un tronco de hombre, cuyos muñones sangrantes se unían a las piernas brutalmente amputadas. Y luego unos brazos destrozados y una cabeza aplastada, con el rostro convertido en una masa sanguinolenta, impresionante.

Vanessa se despertaba bañada en sudor, temblando, aterrada. La pesadilla se repetía una y otra vez, hasta obsesionarla.

Despertaba violentamente, se incorporaba enloquecida y suspiraba profundamente al comprobar que sólo se trataba de la misma espeluznante pesadilla.

Pasaba largas horas despierta, inmóvil sobre el lecho. Se empeñaba en alejar el sueño, porque sabía que en cuanto cerrara los ojos el horrible desvarío volvería a atormentarla.

Entre tanto, los parientes de Harold se habían aposentado en las habitaciones de la espaciosa mansión y se despachaban a sus anchas, disponiendo de los servidores a su capricho y saqueándolo todo.

Pasadas dos semanas, Vanessa comenzó a recuperarse psíquicamente. El color volvió a sus mejillas y su salud evolucionó

favorablemente.

Salía a pasear al parque e incluso una tarde se atrevió a llegar hasta la vía férrea. Desde el borde del paso a nivel, contempló tristemente los rieles rápidamente y volvió a casa cuando la asaltaron los más sombríos pensamientos.

No quería pensar en ello. No debía permitir que la depresión la venciese. Pero... por un momento había estado a punto de esperar el tren de las diez y arrojarle bajo las ruedas del convoy.

Los Gwins y Larry Melbourne seguían aprovechándose descaradamente de su hospitalidad. Hasta que Vanessa decidió que había llegado al límite de su paciencia.

—Váyanse de aquí —les dijo fríamente—. Recibirán un cheque por diez mil libras, cada uno, mañana mismo. Pero ¡por favor!, déjenme sola.

Se habían despedido aquella misma tarde y Vanessa dejó escapar un suspiro de alivio cuando Higgins los condujo en el *Talbot* hasta la próxima estación.

Habían pasado los meses.

Vanessa había dejado de llamarse señora Hobson para volver a ser *Lady* Vanessa McKarlish.

La crisis estaba superada. Ahora sólo quedaban la nostalgia y el dolor.

Joven, rica y bella, se había sepultado voluntariamente en Harrow Town, aunque sus amistades de Londres la telefoneaban frecuentemente, animándola a volver a la populosa y alegre capital del Támesis.

La verdad era que la Residencia McKarlish resultaba muy cómoda y agradable en verano. Pero habían llegado los fríos y las brumas del otoño y los días eran grises y tristes.

Cada vez más, Vanessa iba notando que el enorme caserón se le venía materialmente encima.

Pero siguió viviendo allí, aislada de todos.

Esta noche de finales de noviembre... ¿Qué tenía esta noche que la hiciera distinta a las demás?

La tarde había transcurrido, la luz había huido, la bruma había ascendido, densa y pegajosa, desde el río. Como siempre.

Sin embargo, Vanessa se sentía inquieta aquella noche. Había vuelto a recordar: la horrible noche de agosto, el cuerpo destrozado

y sangrante, sus miembros mutilados...

Harold se había sentido siempre orgulloso de su vigor, de su agilidad y fortaleza y... su pobre cuerpo había resultado machacado, desmenuzado, por el inmisericorde acero de las ruedas y los rieles.

Piernas, brazos, tronco, cabeza... todo había sido arrastrado, golpeado y triturado por las ruedas de la pesada locomotora.

Harold desafiaba constantemente el peligro e incluso se permitía burlarse de la muerte.

Una tarde se encontraban cenando en el jardín. Tras la cenas Harold encendió dos cigarrillos y tendió uno a su esposa.

—¿Sabes qué estoy pensando? Si un día me mato... volveré desde mi tumba para hacerte una visita —exclamó de repente. Y soltó una ruidosa carcajada.

—No bromees con esas cosas, por favor —suplicó Vanessa—. Tu frivolidad me pone carne de gallina.

Pero Harold bromeaba y bromeaba.

—¡Oh, sí, lo haré! —reía—. Mis pobres huesos se unirán en la fosa y mi fosforescente ectoplasma te despertará, deslumbrante, en medio de la noche.

—¡Harold, por amor de Dios! —suplicó Vanessa, aterrada.

Pero él no se apiadó de ella. Reía y reía: Era como un niño, burlón y cruel.

—Te despertaré de madrugada, sí. Te vigilaré, te obligaré a cumplir tu palabra, celaré tu fidelidad. Y si eres desleal...

Vanessa se puso en pie bruscamente. El relumbre de la hoguera ponía un tinte anaranjado en sus facciones.

Se estremeció al verse reflejada en el gran espejo isabelino.

—Calma, Van —se dijo—. Olvidalo todo y sé razonable o terminarás volviéndote loca. ¡Olvidalo todo!

Llamó a Higgins y le pidió un jerez. El oloroso y fuerte vino puso una nota de color en sus mejillas.

Poco después, Higgins le trajo la cena. Comió sin ganas y decidió irse a la cama.

El gran dormitorio que había compartido con Harold por espacio de noventa días se le ofreció pálido e íntimo.

Se había despedido ya de sus dos viejos servidores, por lo que apagó la gran araña que colgaba del alto techo y dejó encendida

solo la lámpara de la mesilla.

Lentamente se desnudó y se vistió un largo camisón blanco, de lienzo fino.

Dirigió una nostálgica mirada al enorme lecho. ¿Qué era aquello que sobresalía bajo la colcha de pelo?

Movió la cabeza, comprensiva.

—Helen se está volviendo vieja —se dijo, pensando en su ama de llaves—. Es demasiado trabajo para ella. Tendremos que buscar una doncella que se ocupe de ayudarla en sus faenas.

La cama estaba mal hecha, era evidente, aunque la señora Richards había demostrado siempre un gran celo en su trabajo.

Retiró la colcha, apartó el mullido almohadón y descubrió las sábanas.

Su rostro quedó pálido, exangüe.

—¡Dios mío! —murmuró aterrorizada.

Sobre las blancas sábanas destacaba aquel pingajo macabro: una pierna humana, una velluda pierna de hombre, cercenada por la rodilla, sangrante aún, sobre un viejo periódico.

Bruscamente, el horror estalló en su garganta con un penetrante alarido que halló eco en los vacíos pasillos de *McKarlsh Residence*.

Luego, Vanessa cayó sobre la alfombra y quedó inmóvil, desparramados sus cabellos como un halo dorado alrededor de un rostro sin color.

CAPÍTULO 2

—Sí, *lady* McKarlish —asintió el doctor Fulham, con monótono acento.

Vanessa se irguió en el lecho.

—¡Por el amor de Dios, doctor! ¡No me dé la razón como si fuera una niña, o... o una loca! —gritó.

—Cálmese, por favor —le aconsejó el médico, un poco impresionado.

—Pero usted no quiere creerme —protestó ella, ferviente—. Es la verdad, doctor Fulham: había un miembro humano sobre mi cama; una pierna varonil, cortada por la rodilla. Podían verse las piltrafas. Podía...

Su voz se quebró.

Vanessa sabía que era inútil seguir insistiendo: no la creerían. Si se empeñaba en hablar de aquella pierna cortada, sólo conseguiría que la tomaran por loca.

Fulham se puso su impermeable, tomó el maletín y el paraguas y se volvió hacia ella.

—Tómese los comprimidos, *lady* Vanessa. Volveré a la tarde —dijo. Y salió de la alcoba.

Vanessa se frotó las sienes, desesperada.

—Recordemos. Volvamos atrás paso a paso. Sin angustiarme, fría y metódicamente —se recomendó a sí misma.

La primera persona que había penetrado en su alcoba la noche anterior era Helen Richards, su ama de llaves. Según Helen, la había encontrado desvanecida a la izquierda de lecho —cierto— y se había apresurado a despertar a Higgins, que subió enseguida al dormitorio.

Entre ambos... ¡la habían colocado sobre el lecho! Y gracias a sus solícitos cuidados y al tradicional frasco de sales, Vanessa había recuperado el sentido media hora más tarde.

Cuando abrió los ojos, su mirada desvariada recorrió las paredes de la alcoba, el dosel del lecho, la colcha de pelo y... de repente dejó escapar un grito agudísimo, saltó fuera de la cama y se refugió en los brazos de la señora Richards.

—La... la pier... pierna —murmuró. Y sus dientes castañeteaban frenéticamente.

Higgins y Helen cambiaron una mirada de asombro.

—¿La pierna? —exclamó la señora Richards.

Se lo explicó con voz tartamudeante, sin cesar de temblar, espantada y estremecida.

—Lo siento, *lady* Vanessa —respondió la buena mujer—. Cuando penetré aquí no había nada sobre el lecho. Las sábanas estaban limpias, inmaculadas. ¿Cómo me hubiera atrevido a acostarla ahí sí... sí...? Pero ¡oh, Dios mío, todo esto es un puro disparate!

—¿Un puro disparate? —gimió Vanessa, separándose violentamente de su ama de llaves—. ¡Yo lo vi! Era una pierna peluda, una pierna de hombre, un pingajo sangrante...

Higgins y Helen se empeñaron cariñosamente en calmarla. Pero Vanessa no consintió en ocupar de nuevo aquel lecho, por lo que tuvieron que llevarla a uno de los dormitorios de invitados.

Vanessa se empeñó en que la vieja ama de llaves durmiera con ella. Como el dormitorio disponía de dos camas y *lady* McKarlish se debatía en un ataque de nervios impresionante. Helen accedió a su capricho.

Vanessa durmió durante el resto de la noche en un continuo revolverse sobre el lecho.

Al amanecer. Higgins llamó al doctor Fulham, que acudió presuroso y solícito.

—Tiene que dominar sus nervios, *lady* McKarlish —le había recomendado el médico cuando ella le narró el incidente de la noche anterior.

—¡Dominar mis nervios! —clamó ella, irritada.

—La muerte del señor Hobson supuso un fuerte trauma para usted. Es evidente que todavía sufre las consecuencias. Si mis consejos sirviesen de algo, yo le recomendaría que abandonara Harrew Town y se marchase a Londres. Relaciónese con sus antiguas amistades, vaya al teatro, distráigase.

Ésa sería la mejor receta, créalo.

Vanessa negó con la cabeza, tercamente.

—Apenas hace tres meses que murió Harold. Por respeto a su memoria y por respeto a mí misma debo olvidar cualquier tipo de diversión. Seguiré viviendo aquí —decidió.

Fulham la miró con pena e interés. Luego buscó en su maletín y dejó un frasco de comprimidos sobre la mesilla.

—Tómese uno después de cada comida. La relajarán —recomendó.

Nadie había creído su relato. Pero Vanessa estaba segura de que sus sentidos no la habían engañado.

Aunque el recuerdo del macabro hallazgo ponía sus nervios en tensión, se empeñó fríamente en recordar.

Su mano izquierda apartó la colcha, la derecha elevó el almohadón. Luego introdujo la izquierda entre las sábanas y...

Podía ver aquel pingajo claramente. ¡Era una pierna derecha! El periódico, arrugado y manchado de sangre, era un ejemplar del dominical del «Times» londinense, no cabía duda.

¿Una visión?

Vanessa no podía creerlo. No había bebido más que un sorbo de jerez, sus sentidos estaban despiertos.

—Me pregunto quién puso el horrible trofeo sobre mi cama —murmuró.

Si no había sufrido una alucinación, alguien se había apresurado a retirar la pierna mutilada... durante los escasos minutos que mediaron entre su desvanecimiento y la irrupción de la señora Richards en su alcoba.

Pero ¿quién?

Ahí se detuvieron sus pensamientos. ¿Cómo seguir adelante?

Un rayo de sol penetró a través de las separadas cortinas.

Sol, luz, calor de vida, alegría...

Vanessa notó que su ánimo se aligeraba. Las brumas de la noche se desplazaban, empujadas vigorosamente por la fuerza poderosa del naciente día.

Ya no había pesadillas. Se sentía ligera, libre de obsesiones, viva.

La señora Richards penetró en el dormitorio con una bandeja en la que llevaba el desayuno.

—¡No, no, Helen! —exclamó Vanessa—. Tomaré el desayuno en

la cocina.

Y abandonó el lecho, se vistió rápidamente y bajó.

El tibio y familiar ambiente de la cocina la embargó de un sereno optimismo. Helen trajinaba alrededor de los fogones, el aire estaba impregnado de un aromático e intenso olor a café recién hecho... Los bollos crujientes, los tarros de mermeladas y compotas, el silbido de las ollas puestas al fuego, el canario de la señora Richards que trinaba junto a la ventana, apenas velada por unas alegres cortinas a cuadros azules y blancos...

—Olvidemos todo lo tenebroso —se propuso Vanessa—. Hay que vivir... ¡Vivamos!

Desayunó golosamente, gozando de cada sorbo de café, del oloroso jamón, de los huevos fritos, de la mermelada de frambuesas...

Su estado de ánimo se iba superando minuto a minuto. ¡No, nada de pensamientos sombríos, de recuerdos morbosos!... ¡Al diablo todo! Ella era joven, necesitaba gozar, vivir, alejar las ideas que atormentaban su cerebro.

Sonó el timbre de la puerta principal. Helen Richards se secó las manos en un paño y salió apresuradamente.

Vanessa se inmutó. Nuevamente surgían los nervios.

Pero Helen volvió enseguida, la miró y dijo:

—Es el sargento Russell. Quiere verla, *milady*.

—¿Max? Voy ahora mismo.

Pasó una servilleta por sus labios y caminó aprisa hacia el vestíbulo.

Russell estaba contemplando el frondoso ficus situado a la entrada, cuyas hojas lustraba Helen amorosamente cada mañana.

Era un hombre alto y corpulento, de hombros anchos y firmes y largas piernas. El uniforme azul le sentaba muy bien.

Russell se volvió al escuchar los pasos de Vanessa.

—Buenos días, sargento.

Russell respondió al saludo y observó el semblante de la joven con atención.

—¿Alguna noticia, Max? —quiso saber ella.

—No, *lady* McKarlish. El doctor Fulham pasó por la comisaría, ¿sabe? Charlamos un momento y... Bien, relató el extraño suceso del que usted fue protagonista anoche.

¡Vaya! Al fin y al cabo, Fulham no era tan incrédulo. ¿O se había confiado el sargento Russell para evadir responsabilidades, en el caso de que *lady* McKarlish siguiera adelante con sus locas obsesiones?

—¿Qué ocurrió exactamente? —le preguntó Russell. Y a Vanessa le gustó su estilo expeditivo y directo.

Procuró hacer una descripción breve e imparcial de lo que había visto... ¿o creído ver?

El policía la escuchó con atención, sin interrumpirla en ningún momento. Luego sacó un paquete de «Carlton» y encendió un cigarrillo sin molestarse en pedir permiso para fumar, según la antigua usanza.

—¿Quiere que registremos la Mansión? —preguntó, al cabo, mirándola fijamente. Tenía unos ojos castaño oscuro, muy penetrantes e inquisitivos, pero con un entrañable brillo de humanidad.

—¡No, de ningún modo! —protestó ella con ardor—. Esta casa... ¡es enorme! Sótanos, desvanes, recovecos... ya sabe. Un registro sólo serviría para inquietar a Higgins y a la señora Richards. Los pobres han pasado tres meses muy malos, sin tregua para descansar. Son casi viejos ya, ¿lo comprende? Y no quiero acarrearles preocupaciones innecesarias. Por otra parte —su mano izquierda quedó suspendida en el aire, como si quisiera expresar alguna vaga idea, el doctor Fulham estima que pudiera tratarse de una alucinación mía causada por la neurosis.

Russell carraspeó. Era un hombre joven, de unos treinta y cuatro años, muy viril y atento.

—Bien, bien —dijo—. No obstante, telefonéeme sin dudar si ocurriera... algo imprevisto. Y otra advertencia: ya sabe que las líneas telefónicas son aéreas en Harrew Town. Por esta época, el viento, la lluvia e incluso el hielo suelen dejar sin línea a muchos abonados...

—¿Qué quiere decir, sargento?

—Si su teléfono sufriera avería y usted tuviera necesidad urgente de comunicarse conmigo, suba a una de las habitaciones superiores de McKarlish Mansión y encienda tres veces consecutivas una linterna, desde mi despacho de comisaría se divisa bastante bien esta casa. Yo sabría interpretar correctamente la señal y me

apresuraría a venir.

Una sonrisa leve plegó los labios de Vanessa.

—Max... ¿por qué se toma tanto interés por mí? —se atrevió a preguntar.

Russell se mostró por primera vez un tanto confuso y vacilante.

—Pues... no lo sé. Bueno, Harrew Town es una pequeña localidad de apenas dos mil habitantes. Mi deber es velar por la seguridad de todos —aplastó su cigarrillo sobre el húmedo mantillo que alimentaba al ficus y se mostró más decidido y sincero—. Quizá también tenga en cuenta que la he visto crecer desde hace veinte años para acá. Cuando éramos pequeños jugamos juntos e incluso fuimos a pescar al río —carraspeó nuevamente, cuadró los hombros y adoptó una actitud «oficial»—. Bien, *lady* Vanessa, debo marcharme ahora. Pero no dude en avisarme sí... ¡jem!, surge algo imprevisto.

—Gracias, Max —respondió ella, agradablemente impresionada—. Lo tendré en cuenta —y le acompañó hasta la puerta, donde aguardaba el deslucido *Morris-Minor* del sargento.

Permaneció en la escalinata exterior hasta que el automóvil de Russell desapareció tras las primeras casas de Harrew Town. Luego retrocedió, pensativa, y cerró la gran puerta principal bajo el porche Victoriano.

Tararé algo entre dientes. ¿Pero qué estaba ocurriéndole? De repente, se sentía alegre y animada. ¿Quizá la visita de Max Russell era la causa de la elevación de su ánimo?

Se detuvo. Si era sincera, debía reconocer que se había sentido segura y protegida durante los minutos que el sargento estuvo charlando con ella en el vestíbulo.

Volvió a la cocina y habló con la señora Richards.

—Voy a telefonar a Herbert Williams. Helen. Le diré que nos busque una doncella. ¡No, no proteste, por favor! Hay demasiado trabajo en esta casa. Querida Helen: usted tiene ya cincuenta y... Bien, necesita ayuda. Encareceré a Herbert que nos envíe cuanto antes a una mujer joven que pueda descargarla en parte de su trabajo.

La señora Richard protestó débilmente, pero Vanessa pudo adivinar que su decisión de contratar una nueva doncella le agradaba.

Habló por teléfono con Williams y la respuesta de éste no pudo ser más satisfactoria.

—Creo que tengo lo que necesita, *milady*. Esto... Déjeme consultar el fichero. Sí... Aquí tengo la ficha; Gladys Jones, treinta y un años, viuda. Excelentes informes: lord Tuddley, el coronel Delaney, la viuda Gratty. La señora Jones es joven, no tiene familia y necesita urgentemente un empleo. ¿Qué le parece?

—Envíela hoy mismo —ordenó Vanessa.

—Magnífico —exclamó el servicial Williams—. Pediré a Ed Burke que lleve hasta la Residencia a la señora Jones, cuando vaya a la estación a recoger el correo de mediodía. No se preocupe: tendrá hoy mismo a su doncella. Yo me ocuparé de todo.

Vanessa colgó el teléfono, complacida.

Durante el resto de la mañana, hasta la hora del almuerzo, paseó por el parque y llegó hasta los linderos del bosque, es decir, hasta las estribaciones de Boudie Hills, las colinas que lindaban con los terrenos de *McKarlsh Residence*.

La mañana era templada, aunque el sol estaba cubierto por algunos celajes cenicientos. El contacto con la naturaleza y el rápido ejercicio la embargaron de alegre optimismo.

—¿Cómo podría pensar ahora en cosas sórdidas y macabras? —se dijo.

Estaba a punto de dar la razón al doctor Fulham: el desagradable hallazgo de aquel miembro humano amputado, en su propio lecho, no podía ser otra cosa que el producto de un pasajero desvarío.

¡Había sufrido tanto durante aquellos últimos tres meses! No era extraño que sus nervios se hubieran desbocado, creando imágenes que sólo existían en su mente.

Cuando llegó a casa, la señora Richards le dio cuenta de que la nueva doncella acababa de llegar.

—Está en su habitación. La avisaré.

Gladys Jones llegó a la cocina poco después.

Era una mujer joven y lozana, morena y... muy atractiva.

—Demasiado guapa para ser una simple doncella —revoloteó el pensamiento en la mente de Vanessa.

Pero se acercó y saludó cariñosamente a Gladys Jones.

Era una mujer muy agradable. Un poco parlanchina, quizá, pero muy cariñosa y atenta.

En poco más de una hora, mientras pasaban revista y ponían en orden los armarios roperos, Gladys la había puesto al corriente de las costumbres, manías, milagros y vicios de su, al parecer, numerosa parentela.

No sólo era amable. Gladys era también muy fuerte y trabajadora y enseguida Vanessa se sintió inclinada a confiar en ella. Era lógico, puesto que había pasado muchos meses sin poder conversar con una persona medianamente joven.

La tarde se había estropeado. Hacia las tres había caído un súbito y copioso chaparrón y el ciclo estaba cubierto ahora por negros nubarrones. Pero más tarde dejó de llover y el cielo se aclaró.

—Voy a dar un paseo —dijo Vanessa a Gladys, que limpiaba el polvo de los cuadros que adornaban la bella escalera que partía del vestíbulo.

—¿Con este día, *milady*? —se asombró la doncella—. No se lo aconsejo. Al menos, póngase unas botas, tome un impermeable, un paraguas...

—Tiene razón —Vanessa ascendió al primer piso y descendió poco después, perfectamente equipada.

No era la ocasión más propicia para salir, pero había comprobado que el ejercicio físico la entonaba y relajaba sus nervios. Lejos de la residencia McKarlish se sentía más independiente, más libre y ligera.

Se despidió de Gladys, que la saludó con un movimiento de la mano sin dejar de trajar y entró en la cocina para informar a Helen que estaría fuera durante una hora.

Caminó a buen paso por los enarenados paseos del parque y alcanzó el camino que llevaba al río.

No llovía, pero las nubes grisáceas galopaban velozmente a través del firmamento.

Rápidos riachuelos corrían aún sobre los caminos y senderos hasta desembocar en el río. Alcanzó la orilla, se abrió paso entre la maleza y siguió adelante. De la lejanía llegó una fuerte detonación. ¿Cazadores...?

Silbaba alegremente y aspiraba profundamente el fresco y húmedo aire.

—Parece buena chica —pensaba en Gladys Jones—. Sencilla,

espontánea, sincera, aunque un poco basta para ser una doncella. Me gusta.

De rechazo, pensó también en Max Russell. El policía era un buen mozo, un hombre experto y capacitado, a pesar de su juventud.

—Seguro que las jovencitas de Harrew Town suspiran porque Max Russell les dedique una sola mirada —murmuró, alegre.

Contorneó la ribera del río y ascendió a buen paso por la trocha que se perdía en lo más intrincado del bosque, las estribaciones de Boudie Hills.

El viento sopló fuerte y las ramas de los pinos arrojaron un auténtico aguacero sobre ella. Vanessa respingó y corrió unos metros para ponerse a salvo de nuevas salpicaduras.

Volvía uno de los recodos del empinado camino, cuando se detuvo, rígida, al tropezarse con un hombretón de casi dos metros de altura.

A punto estuvo de exhalar un grito de espanto, un segundo antes de reconocer a Burt Lavers, el guardabosques de la comunidad.

Lavers se detuvo un instante con la carabina colgando del hombro.

—¡Ah, *lady* Vanessa! —exclamó, afable, el gigante—. Una agradable sorpresa. ¡Hacía tanto tiempo que no la veía pasear por el bosque! Creo que... desde que era una jovencita de quince años o algo así.

Vanessa respiró profundamente.

—Me... me asuste, Burt. ¡Apareció tan de repente! —confesó.

Lavers dejó escapar una risotada poderosa.

—¿Quiere que le diga la verdad? Escuché unos pasos misteriosos sobre el fango y... ¡yo también me asusté! —exclamó.

Volvió a reír. Su risa, fuerte y sencilla, era tan contagiosa que Vanessa también rompió en nerviosas carcajadas.

Luego Lavers encendió su apagada cachimba y le recomendó:

—No se aleje demasiado, *milady*. El tiempo va a empeorar. Dentro de una hora o tal vez menos comenzará a diluviar. ¡Y ya sabe cómo llueve en Langmoor...!

—No tema, Burt, volveré pronto. Me alegra saber que usted vigila este bosque. Gracias. Será un corto paseo.

Se separaron. Lavers se alejó cuesta abajo con sus pasos largos y

aplomados, y Vanessa continuó la ascensión. Más tarde se apartó del camino forestal y tomó un sendero que profundizaba en la floresta. Poco a poco, la vereda fue estrechándose hasta esfumarse por completo. La vegetación era tan espesa que tenía que apartar las ramas para avanzar.

—Regresemos —se dijo al cabo de unos minutos de caminata. Y volvió sobre sus pasos, resbalando a menudo sobre el césped encharcado.

Súbitamente se detuvo al escuchar el seco crujido de una rama tronchada. Inmóvil, dirigió una medrosa mirada a su alrededor, pero sólo pudo ver la verde y espesa floresta que la circundaba. Se disponía a proseguir su camino, cuando escuchó aquel rumor vibrante y profundo.

¿Estaba soñando?

Le había parecido escuchar... *¡el rugido de una fiera!*

Durante unos instantes, el silencio se espesó en torno de ella. Apenas se oía el susurro de la brisa húmeda en las copas de los pinos.

Pero luego el rugido se oyó más próximo. Tronante, hondo, estremecedor.

«¡Huye, escapa ahora mismo, corre con todas tus fuerzas!», le ordenó su instinto de conservación. Pero la sangre se había helado en sus venas y no fue capaz de iniciar el menor movimiento. Era el terror animal, el más primitivo espanto, lo que la inmovilizaba en un claro de unos diez metros de diámetro.

A su espalda se oyó el crujido de unas ramas tronchadas. Vanessa devolvió de un brinco y miró.

La enorme cabeza de un tigre de Bengala apareció en la espesura. Unos grandes ojos dorados la vigilaban, aviesos; los belfos húmedos de la fiera mostraban unos colmillos como puntiagudos alfanjes...

Un tigre.

—¡Dios mío! —Se aterró—. ¡No es posible! ¡Un tigre en Inglaterra... en Langmoor!

Se frotó los ojos.

¿Se estaba volviendo loca, una nueva alucinación provocada por la tensión de sus nervios destrozados?

Abrió los ojos. El tigre estaba allí, a ocho metros de distancia.

Pequeñas nubecillas de vapor brotaban de sus fauces rosadas...

En menos de un segundo —como en una película proyectada a cámara lenta—. Vanessa captó el movimiento de la fiera al aplastarse contra el suelo, las garras afianzadas, tensos los poderosos músculos para la acometida.

De repente, el animal saltó espectacularmente con las garras adelantadas, dispuesto a hacer presa... en la asustada Vanessa.

Un alarido brotó de su garganta. En aquel instante, sus pies resbalaron sobre el fango y perdió el equilibrio. Rodó sobre el suelo herboso al mismo tiempo que una garra del tigre rasgaba el vuelo de su impermeable.

Con el rostro manchado de lodo, la mujer se incorporó de un salto. El tigre —más de trescientos kilos de peso— rodó por la pendiente. Había fallado su primera acometida, pero la fiera no renunciaría a su presa.

Vanessa corrió locamente a través de la espesura. Jirones de su impermeable quedaron enredados en los espinosos matorrales.

Tropezó, volvió a caer, rodó, se lastimó las rodillas, tornó a incorporarse, y galopó ciegamente a través del bosque... Hasta que sus pulmones estuvieron a punto de estallar y perdió el equilibrio una vez más.

Jadeó con estertores, sollozó, muerta de pánico. El rugido de la fiera, ronco y vibrante, resonó de nuevo en la espesura.

—No puedo moverme, no tengo fuerzas... ya —gimió.

Pero... ¿qué importaba morir? Lo mejor sería permanecer inmóvil, aguardar la acometida de la fiera, terminar.

Quizá no fuera muy doloroso: una dentellada en el cuello, su garganta seccionada por los afilados colmillos de la fiera, un chorro de ardiente sangre. Luego...

Exhaló un grito de angustia. ¡No, no quería morir; ansiaba vivir!

Cerca, se oyó un estrépito de ramas rotas. ¿El tigre, próximo, dispuesto a repetir, ahora certeramente, su ataque?...

Alzó el rostro manchado de lodo y... vio a Burt Lavers detrás de un grueso tronco de pino.

El guardabosques apoyaba su carabina en el árbol y apuntaba sin pestañear. Sin mirar a la mujer, advirtió en un susurro:

—No se mueva, *lady* Vanessa; no haga un solo movimiento. La fiera está acechándola entre los arbustos... ¡Quédese quieta!

¡Lavers! Conocía a aquel hombretón desde que era pequeña, pero jamás le había resultado su proximidad tan confortante y protectora.

El corazón le latía con fuerza, atropelladamente.

Las fauces babeantes del tigre se abrieron paso entre los duros arbustos.

Vanessa giró la cabeza lentamente y miró a Lavers, absolutamente concentrado en hacer puntería. Quizá, desde su posición, no podía ver perfectamente a la fiera.

Un leve rugido, apenas audible, una contracción bajo la piel rayada... ¡la fiera iba a saltar!

Los dos secos estampidos atronaron sus oídos. Impulsivamente, Vanessa se cubrió la cabeza con las manos y aguardó.

Un cuerpo muy pesado rodó hasta rozar sus piernas; un líquido cálido empapó su pantorrilla.

Oyó unos pasos y abrió los ojos. ¡La cabeza del tigre rozaba sus piernas... *era la sangre del animal lo que manchaba su pantorrilla!*

—No tema, *milady*. Está muerto. ¡Vamos, arriba! ¿Se ha lastimado?

Lavers estaba a su lado, la tomaba por los brazos, la alzaba del suelo...

Vanessa se cobijó entre sus brazos.

—¡Burt, Burt! —gimió, estremecida de pies a cabeza—. ¡Temí, temí...!

No fue capaz de decir más. Lavers acarició sus cabellos, pasó un brazo por su cintura y la arrastró hasta el camino.

—Apresurémonos. No sabemos si ha escapado un solo animal o varios. Hemos de dar la alarma —advirtió el guardabosques, sin dejar de arrastrarla casi en volandas cuesta abajo.

Alcanzaron el camino forestal. Vanessa, un tanto recuperada, caminaba fácilmente a pesar de sus rodillas desolladas y de los batacazos sufridos en sus múltiples caídas.

Viendo que ella había recobrado parte de su ánimo, Lavers la soltó y ambos caminaron velozmente hasta alcanzar la orilla del río.

—Habrà que organizar una batida por el bosque —dijo el hombretón—. Podría haber más fieras sueltas.

Vanessa le tomó por un brazo y se detuvieron.

—¿Fieras sueltas, Burt? —Se inclinó, se palpó las doloridas piernas y exclamó—. ¡Oh, Dios mío, no comprendo nada de esto! ¿Tigres de Bengala en Langmoor?

Lavers la miró un momento.

Y dijo:

—Claro, usted no está al tanto, pues apenas volvió a *McKarlsh Residence* desde su adolescencia... ¿Recuerda al coronel Dambury? Se arruinó hace cuatro años. Siempre fue un gran cazador y entonces tuvo la idea de instalar una reserva de animales salvajes en sus tierras, lindantes con las de los McKarlsh. Es un lugar rodeado por sólidos muros y altas alambradas, donde los turistas pueden contemplar a las fieras en relativa libertad. El viejo coronel Dambury ha conseguido salir adelante con su extraño negocio. Sin embargo, hace dos años lograron escapar dos leones, destrozando una alambrada, a pesar de que las medidas de vigilancia son extraordinarias. Ese tigre debió de escapar del safari-reserva del coronel. Lo que no puedo explicarme es cómo lo consiguió.

¡Qué locura! Una reserva de fieras, de la que un tigre podía escapar impunemente, atacar a una mujer en mitad del bosque y...

—La acompañaré hasta su casa —se ofreció el guardabosques—. Está muy pálida. Naturalmente, el susto...

Vanessa apenas podía articular las palabras. Sus mandíbulas temblaban y toda su epidermis era recorrida a intervalos por espasmos nerviosos.

—No, Burt —dijo al fin—. Usted debe ir a avisar a las autoridades. No tema: puedo caminar. Estaré en pocos minutos en mi casa. No sé... No sé cómo agradecerse. Me ha salvado la vida, Burt.

Alcanzaron el camino.

El hombre la miró un momento con atención.

Y dijo:

—No piense en ello ahora, *milady* —sonrió, embarazado—. Siento que su paseo se haya echado a perder. Ahora vaya a casa y acuéstese. Tal vez sería aconsejable que la visitara el doctor Fulham...

Vanessa se detuvo, tomó la mano de Lavers y se la oprimió cálidamente.

—Gracias, Burt. Nunca lo olvidaré.

El guardabosques se separó de ella y caminó aprisa hacia Harrew Town.

Vanessa, rotos los nervios, corrió desaladamente hacía *McKarlsh Residence*.

CAPÍTULO 3

Dos personas hablaban muy cerca del lecho. Vanessa oía la conversación como en sueños.

—... atentado criminal. Hemos encontrado un gran boquete en el muro que circunda la reserva-safari del coronel Dambury... Sí, sí, una carga de dinamita. Tres tigres escaparon a través de la abertura abierta por la explosión, las fieras.

—... abatidas a tiros, ya no hay peligro alguno. El coronel Dambury ha llevado un equipo de albañiles y a estas horas el muro ya estará reparado, aparte de que los cuidadores han cerrado el sector para que los leones y los leopardos no puedan alcanzar aquella zona.

—¿... ninguna huella?

»... las rodadas de una moto, posiblemente de fabricación japonesa, a juzgar por el perfil de los neumáticos, impreso sobre el barro. He encargado a los agentes McMills y Glops que recorran todo el distrito para ver de encontrar esa motocicleta. Por ahora, es todo lo que podemos hacer».

¡Max Russell! Era el sargento de policía de Harrew Town el que acababa de hablar.

Vanessa abrió los ojos y tornó bruscamente a la realidad.

Se encontraba en el dormitorio que había compartido la noche anterior con la señora Richards.

Un despertador sobre la mesilla señalaba las nueve y media de la noche.

El paseo a través del bosque, *el ataque del tigre...*

Oyó que unos pasos fuertes y decididos se alejaban pasillo adelante.

Poco después penetró en el dormitorio la señora Richards. Helen observó un momento a Vanessa y dejó escapar un suspiro de alivio.

—Al fin ha vuelto en sí —murmuró. Se aproximó, palpó su

frente y puso en orden los rubios cabellos desparramados por la almohada.

—¡Helen, Helen! —gimió Vanessa.

—Calma, pequeña —las tibias manos del ama de llaves acariciaron afectuosamente sus mejillas—. Fue una locura dar ese paseo, *milady*. Pero ahora ya no tiene que preocuparse. Fue un trágico accidente. Un tigre se escapó de la reserva del coronel Dambury y...

Vanessa se incorporó sobre los codos.

—¡No mientas, Helen! —Con la emoción surgía el familiar tuteo de su niñez—. He estado oyendo al sargento Russell y sé que fueron tres las fieras que se escaparon. Y no fue un accidente, sino un atentado: volaron el muro con una carga de dinamita.

—No quería preocuparte, querida mía. Pero ya que lo has oído... es cierto, fue un atentado. El sargento Russell cree que quien lo hizo fue alguien que quiere mal al coronel Dambury y quiso vengarse de esa forma. Pero la policía encontrará al culpable. Eso es todo.

—Eso es todo —repitió Vanessa con voz desmayada.

Helen se incorporó. Parecía fatigada.

—Llamamos al doctor Fulham. Vino y te examinó, sin despertarte. Nos recomendó que te dejásemos dormir cuánto quisieras. Y eso hemos hecho, aunque yo he permanecido aquí, vigilante, hasta que llegó el sargento Russell.

—Helen, eres...

—Calla. El médico insistió en que debías tomar los comprimidos que te dejó en la mesilla. Aquí están. Tomarás uno después de la cena... Otra cosa: Russell advirtió que podrías entablar una querella contra el coronel Dambury, puesto que estuviste a punto de...

—¡No quiero querellarme contra nadie! —gritó Vanessa—. ¿No lo comprendes, Helen? ¡Sólo quiero vivir en paz, ahuyentar la angustia...!

Helen tomó su mano derecha y la acarició hasta que Vanessa se fue apaciguando poco a poco.

—Diré a Gladys que te traiga aquí la cena. Y luego, a dormir. No temas —sonrió afectuosa—. Yo estaré a tu lado.

—Gracias —murmuró la joven, cuando su ama de llaves se dirigía a la puerta.

La doncella entró diez minutos después. Sus carnosas facciones

estaban tensas cuando sus ojos la observaron con interés un tanto dramático. Pero enseguida sonrió, dejó la bandeja sobre una silla, arregló los almohadones de Vanessa y la ayudó a incorporarse, tras lo cual trajo la bandeja y la dispuso sobre el lecho.

Le guiñó un ojo confianzudamente y exclamó:

—¡Animo, *milady*! Desde luego, me llevé un buen susto cuando la vi aparecer en el vestíbulo, tan pálida como una muerta, pero... Perdona, ya sé que soy una parlanchina, pero es cierto que todos hemos estado preocupados por usted.

—Lo sé, Gladys. Y no me molesta que hable tanto cuanto le venga en gana —respondió Vanessa.

La doncella le partió el panecillo y la ayudó gentilmente a trincar un pedazo de pechuga a la brasa. Entre tanto, Gladys parloteaba sin cesar. Hablaba del tiempo, de las excelentes verduras del huerto próximo, del gandul de su primo Aldous, de las veleidades de su hermana Ginger...

Lejos de molestarla, la cháchara de la doncella distraía sus pensamientos e impregnaba el ambiente de una atmósfera familiar y hogareña que Vanessa necesitaba mucho en aquellos momentos.

Vanessa suspiraba entre bocado y bocado. Por extraño que pudiera parecer, comió con excelente apetito, lo que le valió un guiño de aprobación por parte de Gladys.

La doncella arregló la ropa de la cama y se alejó con la bandeja de la cena.

Vanessa recostó la espalda y comenzó a adormecerse. Experimentaba en aquel momento una deliciosa laxitud; sus párpados le pesaban como plomo. Las sábanas finas y tibias, el lecho blando y esponjoso: todo la invitaba a dormir.

Una mano la rozó levemente y despertó sin sobresalto.

Era Helen.

Le tendía un vaso de agua y dejaba resbalar sobre la palma de su mano uno de los comprimidos del frasco que había dejado el doctor Fulham.

—Traga el comprimido y sigue durmiendo —dijo Helen, sonriéndole afectuosamente.

Obedeció. También ella sonrió, agradecida.

Tenía motivos para sentirse satisfecha. ¡Eran todos tan buenos con ella! Burt Lavers, que había expuesto su vida para salvarla; el

viejo y leal Higgins; a cariñosa Richards; Gladys Jones, el sargento Russell, incluso el doctor Fulham...

¿Por qué, entonces, debía sentirse infeliz? Habían ocurrido cosas, sí. Sucesos dramáticos, desagradables, peligrosos... que debía empeñarse en borrar de su memoria.

—Eso es lo que debo hacer: olvidar todo lo desagradable —se propuso con firmeza.

Helen la arropó cuidadosamente y advirtió:

—Duerme. Vendré a acostarme en cuanto Higgins y la señora Jones hayan terminado de cenar.

Descansa, querida.

Cerró los ojos. Se oyó el leve rumor de la puerta al cerrarse. Vanessa se rebulló como una gatita entre las tibias sábanas, se hizo un ovillo y suspiró.

Poco después dormía profundamente.

La espantosa vorágine acababa de estallar en su cerebro.

Era... como si una gran carga de dinamita explosionara en el interior de su cráneo.

Sí, sí, era eso precisamente. Porque abrió los ojos, se miró en el espejo y... vio su cráneo vacío.

Su masa gris, sus sesos, se habían desintegrado materialmente.

Pero no sentía dolor. Sólo aquella horrible sensación de vacío, incapaz de pensar, de elaborar el más sencillo pensamiento.

Sólo podía sentir. Sus sentidos se habían sensibilizado hasta el límite, de modo que las gotas de agua que caían del alero, en el exterior, resonaban como sonoras explosiones en sus oídos: *¡¡Clap, clap, CLAP, CLAP, CLAP!!*

Sus dedos palpaban las sábanas y podían distinguir perfectamente la trama y la urdimbre, como si el tejido estuviera formado por gruesos cordones en lugar de finísimos hilos.

—La explosión ha destruido *McKarlsh Residence* por completo —pronunciaron claramente sus labios. Y sus palabras resonaron como si un colosal amplificador aumentará mil veces el volumen.

Sí, la casa debía estar derruida por completo, porque la habitación carecía de puerta, incluso de muros. Delante de ella se ofrecía un camino azulado que se elevaba, ondulante, hasta el ciclo, hasta el infinito...

Pero no. ¡No era un solo camino! Había docenas de senderos ondulados que ascendían vertiginosamente hacia el espacio. Caminos celestes, grises, rojos, amarillos, verdes, violetas y... negros. Mejor dicho: sólo había un camino negro, tan oscuro y mate que parecía alfombrado con terciopelo espeso.

Vanessa apartó la ropa del lecho de un empujón.

¡Qué maravilla! Un derroche de luz cegadora y multicolor penetraba a través de sus ojos.

Sentía un intenso placer físico. Ni frío ni calor, todo era delicioso ahora.

Se puso en pie y se desperezó voluptuosamente. ¿Apetito sexual, ansiedad de los sentidos, anhelos de goce carnal...?

Comenzó a caminar, con los brazos dirigidos a lo alto como una diosa del Olimpo. Su paso era leve, grácil, etéreo.

Y, de repente, le agobió la duda.

Debía escoger un camino. Ansiaba escalar una de aquellas onduladas sendas de color que llevaban al infinito.

Pero ¿cuál de ellas? ¿La roja, la violeta, la azul?

El camino negro se onduló hipnóticamente ante ella. Se ensanchaba, crecía por momentos... La banda negra empujaba a las anaranjadas, a las azules, a las amarillas. Las desplazaba poderosamente hasta ocupar todo el escenario de su visión.

Vanessa caminaba ya sobre el ancho camino negro.

—¡Qué decepción!

El camino no se elevaba ahora hacia el cielo, hacia las luminosas alturas, sino que descendía en aguda pendiente hacia las tenebrosas e ignotas profundidades.

Y el piso... No tenía la suavidad del terciopelo, sino la aspereza de los caminos pedregosos.

Y los pies de Vanessa iban quedándose helados. Y, sin embargo, seguía caminando, descendiendo... ¿Hasta dónde?

Vanessa intuía que las sendas azuladas, verdosas y rojizas llevaban hasta el infinito, tal vez hacia la gloria. Pero ¿y el ancho camino negro, hacia dónde se dirigía?

Trató de frenar de alguna forma su carrera, vertiginosa ya, pues deseaba volver atrás, rectificar... Pero resultaba imposible: la pendiente era tan aguda y su cuerpo pesaba tanto que no podía compensar la inercia. Inexorablemente se dirigía hacia las lóbregas

simas... ¿de qué?

—De la Muerte —pronunciaron sus labios.

La señora Richards despertó a las cinco de la madrugada. Tenía la inveterada costumbre de beber un vaso de agua a esa hora. ¿Cuándo había adquirido tal costumbre? Helen no lo recordaba ya, pero sabía que cada madrugada se despertaba a la misma hora, sedienta.

Por eso, dejaba siempre una jarra de agua y un vaso de agua a esa hora. ¿Cuándo había adquirido tal costumbre? Helen no lo recordaba ya, pero sabía que cada madrugada se despertaba a la misma hora, sedienta.

Por eso, dejaba siempre una jarra de agua y un vaso sobre su mesilla de noche.

Encendió la luz al tacto y como un autómatas llenó su vaso de agua de la jarra. Se lo llevó a los labios con avidez, pero no llegó a probar un sorbo.

Sus ojos se desorbitaron al contemplar el lecho de Vanessa: *vacío, desordenado, destrozadas las sábanas en jirones...*

Se puso en pie de un brinco.

—¡Dios santo! —murmuró, aterrada.

Tomó su batín, se lo puso apresuradamente, metió sus pies en las zapatillas y corrió hacia la puerta, que estaba abierta de par en par.

—¡Dios santo! —repitió, al tiempo que encendía las luces del corredor y de la escalera.

El camisón de Vanessa apareció caído sobre los peldaños. Helen recogió la prenda y la contempló un momento, mitad asombrada, mitad espantada.

—¡Higgins, Higgins! —llamó a gritos.

Y corrió escalera abajo, desalentada.

La puerta principal estaba también abierta de par en par.

Llovía con fuerza y el agua que penetraba en el interior había formado ya un regular charco en el vestíbulo.

Higgins apareció un momento después, embutido en un viejo pijama a rayas y frotándose los arrugados párpados.

—¿Qué ocurre? ¿A qué viene todo ese alboroto? —Gruñó, somnoliento. Y dirigió una mirada llena de estupor a la puerta

principal, a través de la cual penetraban furiosas ráfagas de lluvia.

—¡*Lady* Vanessa ha desaparecido! ¡Dios mío, estoy tan nerviosa y asustada!... ¡Temo que... haya podido ocurrirle algo... algo...!

No se atrevió a pronunciar la palabra *irreparable*, pero el viejo Higgins la comprendió perfectamente.

—Ha debido de salir... —observó.

—¿Desnuda?

—¡No lo sé! Pero obremos razonablemente. Suba y vístase. Póngase botas y un impermeable. Yo haré otro tanto. Traeré unas linternas —indicó el mayordomo, intentando dominar su zozobra. Cinco minutos después volvían a encontrarse en el vestíbulo. Su ansiedad era tan intensa que ni siquiera habían reparado en que Gladys Jones podía ayudarles.

Vacilantes, temerosos, salieron al exterior y descendieron la escalinata. En el barro hallaron una prenda íntima femenina. Era de Vanessa.

—¡Jesús! —murmuró la señora Richards, inclinándose para recoger la prenda.

Se miraron indecisos.

La lluvia era tan densa que los focos de ambas linternas apenas bastaban para ahuyentar las espesas tinieblas.

Atravesaron el parque, hombro con hombro, temerosos de separarse el uno del otro.

Al lado de un seto, descubrieron un bulto blanco, azotado por la lluvia.

Avanzaron unos pasos, se acercaron al seto.

—¡Mi pequeña Van! —gimió Helen sobrecogida.

Era Vanessa McKarlish, en efecto.

Yacía boca abajo, con sus largos cabellos manchados de fango. Su bello cuerpo estaba completamente desnudo.

CAPÍTULO 4

Había caminado mucho.

¿Cuánto? Quizá miles de kilómetros, tal vez durante años. O siglos. Toda una eternidad.

Había bordeado un extenso lago de aguas profundas y tenebrosas, sobre el que flotaba una neblina verdosa, deletérea, malsana.

Amedrentada, contempló la vorágine que se formaba en el centro del lago. Se diría que las aguas eran engullidas tumultuosamente por algún ancho sumidero situado en el fondo del embudo.

Pero no era tal. Formas rojizas, negras, sinuosas como serpientes, se movían en las profundidades.

¡Monstruos!

Corrió locamente, siempre en descenso, alejándose del horror.

Vanessa estaba segura ahora de su destino.

—Camino rectamente hacia la Muerte —dijo.

La idea, extrañamente, no la desazonó.

—Allí encontraré a Harold —imaginó, llena de esperanza.

Era lógico: su esposo se encontraba en el Más Allá, y Vanessa caminaba con toda decisión a su encuentro.

De un momento a otro. Harold aparecería ante ella. Alto, musculoso, idealmente proporcionado, con la eterna sonrisa en los carnosos labios sensuales.

Se fundirían en un estrecho y apasionado abrazo, se besarían frenéticamente, ambos murmurarían entrecortadas palabras de amor... Y ya jamás, ¡jamás se separarían!

Pero el camino era largo y dificultoso.

Era el frío, el intenso frío que paralizaba sus miembros, que helaba su torrente sanguíneo, que llegaba a cortarle la respiración.

—¡Harold! —musitó.

Ya no podía correr. Se arrastraba dificultosamente hacia la profunda sima donde le aguardaba la Muerte.

De repente, una silueta gigantesca se interpuso en su camino, cortándole el paso.

—¡Alto, alto, *lady* Vanessa! ¡No puede seguir adelante, NO DEBE CONTINUAR AVANZANDO!

Parpadeó: una figura masculina que irradiaba clara luz, un uniforme azul, un rostro juvenil, enérgico, unas fuertes manos que detenían su avance.

¡El sargento Russell!

—Se lo ruego: ¡DETÉNGASE!

Vanessa exhaló un sollozo. Max Russell sonreía alentador, como invitándola a recocerse, a guarecerse en su ancho pecho. Pero ella dejó escapar un grito, esquivó las manos del policía y siguió hacia adelante, dejando atrás el eco de sus desgarradores alaridos.

—¡Harold, Harold! —seguía llamando desesperadamente.

Su esposo tenía que estar allí, en lo más hondo de la negra sima. Harold estaba entre los muertos...

Pero, entonces, ¿por qué acababa de ver también al sargento Russell, que *debería* estar vivo?

—¡Harold, Harold... HAROLD! —repitió su llamada.

Tropezó.

Cayó.

Un viscoso líquido negro la empapó.

Fatigosamente logró ponerse en pie una vez más. Pero ahora Vanessa estaba segura de que jamás lograría alcanzar el fondo de la sima: carecía de fuerzas ya.

Aún siguió avanzando tambaleante, hasta que se derrumbó.

El espanto se apoderó de ella.

Se sentía sola, terrible, totalmente sola en medio de las tinieblas.

Sus labios dejaron escapar un quejido.

—Max...

Muy cerca se movía un hombre.

Podía adivinarlo gracias al suave perfume de un masaje varonil, que flotaba en el ambiente.

—¡Harold!

—Soy el doctor Fulham, *lady* Vanessa —oyó.

Abrió los párpados con gran esfuerzo y vio la cámara de oxígeno, replegada hacia atrás.

—¿Qué... qué ocurrió? —preguntó con un hilo de voz.

Escuchó un sollozo.

A su izquierda, estaba Helen, retorciéndose las manos nerviosamente, pálida y desmejorada. Detrás de ella, Gladys Jones le dirigió una sonrisa reconfortante.

El doctor Fulham se volvió hacia las dos mujeres y dijo:

—¿No les importa salir un momento? Necesito hablar a solas con *milady*.

Helen y Gladys se apresuraron a abandonar la estancia.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué? —preguntó entonces el viejo doctor, mirándola con reconvención.

—¿Qué es lo que hice? —preguntó *lady* McKarlish, desorientada.

Fulham la observó pausadamente. Se diría que estaba buscando las palabras adecuadas para no herirla.

—Parece que... deliberadamente buscó la muerte, *milady*. Abandonó su dormitorio, salió... desnuda al exterior cuando estaba diluviando. Ha estado a un paso de morir: se le declaró una pulmonía. Si Higgins y la pobre señora Richards no la hubieran hallado a tiempo, ahora estaría ya sepultada en el panteón de los McKarlish —pronunció con lentitud.

Fulham desvió la mirada. ¿Se había expresado con excesiva crudeza? Desde luego, tenía mucho interés en que Vanessa McKarlish entendiera la gravedad de la situación.

—Doctor Fulham, yo...

—Permítame que termine —rogó el maduro doctor—. Durante una semana, se ha debatido usted entre la vida y la muerte. Ahora está ya fuera de peligro, pero... Me gustaría saber por qué lo hizo. Soy su médico, *milady*. Creo que tengo derecho a gozar de su confianza. Sólo así podré tomar una decisión justa.

—¿Una decisión *justa*?

—No quiero alarmarla, pero si yo advirtiese que su estado anímico lo necesita, no dudaría en ordenar su ingreso en un sanatorio psiquiátrico —advirtió severamente el médico.

Vanessa aspiró aire profundamente.

—¿Sospecha que... estoy loca? —dijo en un susurro.

Fulham elevó el mentón y apoyó una blanca mano sobre su frente pálida.

—No lo creo —respondió, tras una breve reflexión. Y luego se inclinó sobre el lecho, se apoyó apenas sobre el almohadón y tomó afectuosamente las manos de Vanessa.

Sus facciones se relajaron y adoptaron una expresión menos profesional. La miró con ternura y dijo:

—Vamos, pequeña Van. Te conozco desde que naciste en esta misma casa hace exactamente... Mmmmmh... Veintidós años y ocho meses. Siempre fuiste una mujer equilibrada y razonable... Sé que te afectó profundamente la muerte de tu esposo, pero después tu fortaleza y tu juventud se impusieron... Superaste el trauma, se te notaban las ansias de vivir... ¿Por qué, entonces, te empeñas ahora en todo lo contrario?

Los ojos de la joven se cubrieron de lágrimas.

—No lo sé. Anoche... me sentía rara, como sí... estuviera drogada. No puedo encontrar otra explicación, doctor Fulham —respondió.

Los dos callaron durante unos segundos. Luego, bruscamente, Vanessa se inclinó a la izquierda y contempló fijamente el pequeño frasco de comprimidos.

Como si hubiera adivinado exactamente sus pensamientos, Fulham tomó el frasco, leyó la etiqueta y observó los comprimidos a través del cristal.

—Es un sencillo sedante. Van. Un producto inofensivo, sin contraindicaciones ni toxicidad alguna declaró.

Vanessa inclinó la cabeza sobre el pecho.

—En tal caso, debo admitir la posibilidad de que mis facultades mentales se hallen perturbadas —murmuró, desolada.

—El sargento Russell, *milady* —anunció Gladys.

Vanessa se alzó en el lecho e inconscientemente se arregló los cabellos.

El policía penetró un momento después en el dormitorio, se aproximó tímidamente y aguardó en pie. A su espalda, la sirvienta cerró la puerta desde fuera.

—Siéntese, Max —rogó Vanessa.

Russell tomó una silla y la aproximó al lecho.

Vanessa, que le escrutaba con enorme ansiedad, preguntó en un susurro:

—¿Qué averiguó?

El policía movió la cabeza en sentido negativo.

—Nada. Tengo en el bolsillo el resultado del análisis en los Laboratorios Madison. Desmenuzaron en mi presencia el comprimido que me entregó —explicó Russell en voz baja—. Se trata de un sedante de los llamados «ligeros», que no produce ninguna clase de efectos secundarios. ¿Quiere ver el documento? —Max introdujo su mano derecha en el bolsillo lateral de su guerrera.

Pero Vanessa reposó su cabeza en la almohada con profundo abatimiento.

—¿Para qué?... —murmuró—. Comprendo que mi última esperanza se ha desvanecido.

—¿Qué quiere decir?

—¡Max! Temo... ¡temo que estoy empezando a volverme loca! —gimió. Y ocultó su rostro en la almohada y sollozó amargamente.

Russell acarició con timidez los rubios y sedosos cabellos femeninos.

—Vamos, cálmese, *lady* Vanessa. ¿Por qué no me lo cuenta todo? Al fin y al cabo, soy un policía propuso.

Ella se enjugó las lágrimas con un pañuelo de batista y alzó la barbilla con ímpetu.

Con palabras susurrantes, explicó a Max todas sus inquietudes, el cúmulo de vivencias angustiosas a que había estado sometida durante los últimos días.

Russell la escuchó con profunda atención. Y cuando Vanessa calló, el policía entornó los ojos reflexivamente.

—Sinceramente, no creo que esté loca —expresó al fin.

—Entonces, mis peligrosas extravagancias...

—Admito que es todo muy extraño, incomprensible. Permítame que me ocupe de todo ello. Como simple precaución, evite tomar comprimidos o cualquier otro producto farmacéutico. Descanse y relájese; no tema. Yo vendré con frecuencia a visitarla. Y no dude en avisarme si advierte algo extraño.

Vanessa dejó escapar un profundo suspiro. Como siempre, la simple presencia de Max Russell bastaba para traer la serenidad a su espíritu.

—Gracias, Max. No sé cómo agradecerle...

Advirtió entonces que seguía oprimiendo aún la mano del policía y la soltó repentinamente, sofocada y ruborosa.

—No hay nada que agradecer, *lady* Vanessa. Volveré. Y ahora, descanse —recomendó él. Y se despidió.

CAPÍTULO 5

Despertó bruscamente. Aguzó el oído. ¿Qué era aquel horrísono estruendo que provenía del parque?

—¡El zumbido del escape de una moto! —reconoció, angustiada.

Abajo, alguien aceleró salvajemente y Vanessa se llevó las manos a los oídos con un rictus de dolor. Por encima del estrépito se dejó oír una fuerte carcajada varonil. Vanessa palideció.

—¡Harold! —musitó.

Su rostro se crispó, sus músculos se tensaron...

—¡Helen, Helen! —llamó a gritos—. ¡¡Por amor de Dios...!!

Estaba descompuesta, pálida, tensa, al borde de un peligroso ataque de histeria. Por fortuna, Helen penetró un minuto más tarde en el dormitorio.

Se detuvo, asustada, al contemplar las facciones crispadas de Vanessa, el temblor epiléptico que la mantenía en violenta convulsión.

—¡Van, mi pequeña Van! ¿Qué es lo que ocurre?

—¡Ésa... moto, ese zumbido infernal! ¿Quién...? —murmuró, desencajada.

Helen corrió hacia ella, se dejó caer al borde del lecho y la cobijó entre sus brazos.

—Comprendo, pobrecita mía... No temas: se trata de Tom, el sobrino del cartero. Se ha comprado una moto y se pavonea como un chiquillo con zapatos nuevos. Es un desvergonzado: Higgins le pidió que no armara tamaño alboroto y Tom rió a carcajadas... ¿Era eso?

El temblor que recorría en espasmos el cuerpo de Vanessa fue cediendo paulatinamente.

—Sí —admitió—. Era eso. Temí que fuera...

—¿Harold?

—Sí.

—Van, mi pequeña Van; Harold Hobson murió. Es preciso que te olvides de él. Su recuerdo te está obsesionando, te está destruyendo...

—¿Cómo podría olvidarme de él? —protestó con violencia—. ¡Yo le amaba con todas mis fuerzas! Para mí era... ¡como un dios!

Helen movió la cabeza con pesar. Eso era lo malo: que Van había idealizado la persona de Harold hasta límites sobrehumanos. En realidad, Hobson en nada se parecía, en vida, a la imagen que *lady* McKarlish guardaba en su corazón.

—No pienses más en eso, por favor. Telefonaré a Ed Burke y le llamaré la atención sobre la conducta de su sobrino. Le pediré que no lo envíe con el correo: es preferible que Higgins vaya a recogerlo a la estafeta. Vamos. Van, descansa, pequeña.

La casa había quedado en silencio. Fatigada, Vanessa se dejó caer sobre el lecho y cerró los ojos.

Helen arregló el embozo de la cama y acarició su frente con maternal delicadeza. Permaneció así unos minutos hasta que escuchó la reposada respiración de Vanessa, indicio de que la joven dormía ya. Sólo entonces se separó Helen del lecho y caminó hacia la puerta. Desde allí, se volvió un momento y contempló, solícita la silueta de la joven dormida.

—Ojalá el recuerdo de Harold se borre de tu mente —deseó con fervor.

Algo la había despertado.

Vanessa se incorporó sobre los codos. La habitación estaba oscura y silenciosa.

Aguzó el oído. Sonaron unos pasos acompasados. Y luego, un lamento prolongado.

Vanessa vibró inmediatamente, como un fino muelle de acero bien templado.

—Calma —se recomendó—. Tal vez sea Gladys. O Higgins. Quizás alguno de ellos se siente enfermo.

Al cabo, tornaron a oírse los aplomados pasos.

Y el espeluznante lamento, más propio de un alma en pena que de una criatura viviente.

Vanessa empezó a sudar copiosamente.

¿Qué hacer? Muy cerca, apenas a un metro de distancia, se encontraba el lecho de Helen, cuya pesada respiración llegaba

claramente hasta Vanessa.

Encendió la luz de la mesita. Pero Helen, que le daba la espalda en el lecho contiguo, siguió durmiendo.

El rumor de pasos provenía del desván. Justamente se producían sobre el techo del dormitorio que ocupaban Vanessa y el ama de llaves.

De nuevo resonó el prolongado y medroso gemido. Los nervios de Vanessa se tensaron como cuerdas de guitarra.

—Cielo santo —murmuró.

¿Quién estaba en el desván?

Impulsivamente, se puso en pie y corrió hacia el lecho próximo.

Despertó a Helen y le explicó con entrecortadas palabras lo que acababa de ocurrir. Helen, adormilada, intentó tranquilizarla.

—Calla. Escuchemos.

Aguardaron, abrazadas.

Silencio.

Pasaron los minutos. No volvieron a escucharse los pasos y los espeluznantes ayes.

Helen enjugó con un pañuelo la frente y el cuello de Vanessa.

—Debió de ser un sueño, una pesadilla —explicó con dulzura, siempre comprensiva.

Vanessa respiró con ansiedad. ¿Una pesadilla?...

Era cierto: había soñado que un enorme tigre la devoraba lentamente... ¡viva! Pero estaba segura de que los pasos y los gemidos que provenían del desván no formaban parte de su escalofriante delirio.

Besó a Helen, retrocedió y se dejó caer en la cama. Se sentía perpleja.

—Deja un momento la luz encendida, si lo prefieres —le aconsejó el ama de llaves—. La luz ahuyenta el miedo.

Cinco minutos después. Helen roncaba rítmicamente: volvía a estar profundamente dormida.

Y entonces, precisamente entonces, volvieron a oírse los cadenciosos y sonoros pasos, allá en lo alto.

Luego, un gemido. Un lamento prolongado y tremebundo.

Vanessa se irguió y se dijo valerosa:

—Russell piensa que no estoy loca. Si es así, algo extraño ocurre en el desván. No podré descansar si sigo escuchando esos ruidos.

Debo ir a investigar.

Pero un escalofrío de espanto recorrió su cuerpo.

No se atrevía a subir sola al desván. ¿Debía despertar a Helen, prevenir después a Higgins, hacerse acompañar por sus servidores al desván?

Decidió no despertar a nadie. Por lo demás, la señora Richards debía sentirse rendida, pues se levantaba muy temprano y no paraba en todo el día de trajinar a lo largo y a lo ancho de la espaciosa residencia de McKarlish.

Se puso en pie lentamente y tomó una abrigada bata de lana. Introdujo sus pies en unas zapatillas y sacó una potente linterna del cajón superior de la mesilla de noche.

Arriba sonaban aquellos pasos recios y pausados.

Dudó. ¿Tendría presencia de ánimo suficiente para llegar hasta el desván?

—Debo hacerlo —decidió—. Tengo que alejar los fantasmas de mi mente o... de verdad me volveré loca.

Dirigió una última mirada a la cama de Helen y se encaminó a la puerta. La dejó entreabierta y salió.

Una pequeña lámpara, que permanecía encendida toda la noche, iluminaba el corredor y la gran escalera de mármol.

Cruzó ante la escalera y se dirigió al otro extremo del corredor, al final del cual se hallaba la puerta de roble que cerraba el acceso al desván.

La puerta estaba cerrada, pero Vanessa sabía muy bien que Helen solía ocultar la llave detrás del imponente macetero que ocupaba el rincón de la izquierda.

Ya tomaba la llave entre sus dedos, cuando se detuvo, estupefacta.

Si la puerta estaba cerrada con llave, ¿cómo habría podido llegar al desván la persona que se paseaba allá arriba a horas tan intempestivas?

A punto estuvo de volver sobre sus pasos. Pero, tras una breve vacilación, introdujo la llave en la cerradura y la giró a la izquierda por dos veces.

Encendió la linterna. El haz de luz descubrió el arranque de la escalera de polvorientos peldaños de madera.

Nítidamente llegó entonces hasta sus oídos el gemido. Más

próximo y escalofriante.

—¿Quién anda ahí? ¿Es usted, Higgins? —gritó.

Al menos, eso creyó ella: que había gritado. Pero en realidad de sus labios apenas surgieron unas oscuras y vacilantes palabras, pronunciadas entre dientes.

Avanzó dos o tres peldaños. Las viejas maderas crujían bajo su peso. Llegó al primer descansillo y se detuvo.

Su corazón golpeaba con fuerza en el pecho y su respiración se tornaba rápida y entrecortada.

Iba a gritar: «¡Baje de arriba quien sea!...», pero la voz no llegó a iniciarse en su garganta.

¡Los pesados y retumbantes pasos se aproximaban...!

Tuvo que apoyarse en el muro, pues sus rodillas temblaban y apenas podía sostenerse en pie.

¡Alguien se acercaba...!

Desmayadamente, Vanessa elevó la linterna y el cono luminoso bañó las elevadas vigas cubiertas de telarañas.

Los pasos tornaban a alejarse, el sonido se iba debilitando. Pero el lamento estremecedor, mucho más próximo, puso su piel de carne de gallina.

—¿Quién... quién es? ¿Quién... anda... ahí? —preguntó. Pero nadie le dio respuesta.

Entonces avanzó a lo largo del segundo tramo de escaleras. Paso a paso, deteniéndose a veces para recuperar la respiración, para reunir el valor necesario para continuar la ascensión.

—Tiene que haber alguien —se dijo—. Quien sea, pero alguien. Tal vez Higgins. Es posible que sea sonámbulo.

Este pensamiento la tranquilizó lo suficiente para terminar de ascender los últimos peldaños. Su linterna iluminó los muros del espacioso desván. Junto a las paredes, se apilaban viejos muebles, baúles repletos de vestidos y toda clase de enseres anticuados, como edredones, cajas de cartón, de madera y de mimbre...

Los pasos habían cesado. ¿Estaban espiándola?...

Vanessa se volvió de un brinco, pero no pudo vislumbrar nada sospechoso.

Al cabo de un instante pudo advertir que desde el otro lado de una de las macizas columnas que soportaban la techumbre, brotaba un resplandor amarillento.

Avanzó despacio, vacilante.

Su sangre se le heló en las venas y un ramalazo de espanto la estremeció de la cabeza a los pies.

Acababa de vibrar una voz. Una voz muy conocida:

—*¡No lo permitas, Van! ¡Esas ratas... me están devorando! ¡Están devorando mi pierna...!*

—¡Harold!

Era su voz, jamás podría olvidarla.

Pero Harold estaba muerto.

¿Es qué... había vuelto del Más Allá, como en broma le anunciara en varias ocasiones?

—*Desgarran mis músculos, roen mis huesos... ¡Por favor, Van, no lo permitas! Estoy padeciendo... Me desgarran, me laceran, convierten mis carnes en piltrafas... ¡Vanessa, haz algo, te lo suplico!*

Ella avanzó unos pasos, impetuosamente.

—¡Harold, amor mío! ¿Dónde estás? ¡Ven a mí, acércate, déjame verte! —gritó.

Pero el silencio fue la única respuesta.

Luego, un rugido sordo, vibrante, resonó en el desván.

—¡Dios mío, el tigre! —murmuró Vanessa, yerta de pánico.

Retrocedió, dominada por el pavor. Pero sus piernas tropezaron con un cajón le mimbre y perdió el equilibrio.

Se atragantó. La linterna se había deslizado entre sus dedos y el batacazo la dejó paralizada y dolorida en medio de las tinieblas.

Tanteó el piso y finalmente recuperó la linterna con un suspiro de alivio.

—Harold, sal de ahí. Si es tu espíritu el que viene a visitarme, estoy dispuesta... Harold, ¡te he amado tanto!... ¡No te ocultes, por favor! —exclamó. Y ella misma se sorprendió de la claridad y resonancia de su voz.

Silencio, absoluto silencio.

Tras de la columna, se intensificó el espectral resplandor amarillento.

Al cabo...

—*Las raías muerden mi pobre pierna amputada, Van Acércate. ¡Aléjalas, impide que la devoren por completo!*, resonaron las palabras en el inmenso desván.

Vanessa se movió.

Ahora se sentía más segura y valerosa.

Era preciso llegar hasta el final para destruir la angustia, para desvanecer la locura.

Lo primero que vio al rodear la columna fue el grueso cirio que ardía sobre el suelo.

Un poco más allá, en la semipenumbra, pequeñas y ágiles formas huyeron velozmente sobre el pavimento de ladrillos y se ocultaron tras los montones de bultos diversos que se apilaban contra los muros.

Se apoyó en la columna y elevó la linterna.

Su respiración se cortó.

Tragó saliva, incapaz de reaccionar.

Al fin, volvió a mirar con un gran esfuerzo de voluntad.

Tres enormes ratas devoraban una pierna humana. Los animalillos chillaban, gruñían, se acometían entre sí, ansiosos de pitanza.

Era una pierna de hombre, una pierna izquierda.

Durante unos segundos. Vanessa permaneció rígida, inmóvil. Contemplaba el pavoroso espectáculo con los ojos muy abiertos, incapaz de reaccionar.

—*¡Vanessa! ¡Tú puedes impedirlo!...* —retumbó la voz de Harold bajo al alero—. *Haz algo... por nuestro amor. Sufro horriblemente... ¡sus colmillos me están destrozando! ¡Te lo suplico...!*

Vanessa movió los labios.

Quería gritar, pero le fue imposible. Avanzó un pie hacia adelante, pero su pierna izquierda quedó en el aire, pues su instinto se resistía a aproximarse a aquel horror.

De repente, sus nervios estallaron y un grito agudísimo brotó de su garganta.

Las ratas quedaron inmóviles y luego corrieron en todas direcciones, asustadas por el alarido, y huyeron.

—*¡No quiero, no puedo!* —chilló Vanessa.

Giró sobre sí misma, perdió el equilibrio y cayó con las manos extendidas sobre los primeros peldaños de la escalera.

Un chillido agudo brotó de sus labios cuando su pierna izquierda se dobló y crujió bajo el peso de su cuerpo.

Violentemente, rodó sobre sí misma, golpeó con fuerza contra el

muro del descansillo y quedó extendida sobre la plataforma.

El horror que experimentaba en medio de las tinieblas la obligó a gritar y gritar hasta que su garganta enronqueció.

Poco después escuchó las voces inseguras de Helen Richards.

—¡Van, Van!, ¿dónde estás?

CAPÍTULO 6

Brighton. El mar, Palace Pier, el parque de atracciones, el hotel Cumber, las playas solitarias, el mar en pleno invierno, tempestuoso, pero siempre atractivo...

Vanessa había gozado mucho durante aquellos quince días. Ciertamente tenía que trasladarse a todas partes en su silla de ruedas... Era una pena, aunque la silla —plegable— cabía perfectamente en el maletero del espacioso *Talbot* y, por otra parte, Higgins y Gladys la habían cuidado con toda dedicación.

Se había reunido con viejos amigos y amigas en Londres, había asistido a numerosas veladas, incluso había tenido oportunidad de perder unos cientos de libras en el casino.

Aquellas dos semanas lejos de Harrow Town —y, por tanto, de la residencia McKarlish—, habían obrado un benéfico influjo en su equilibrio psíquico.

Había olvidado aquella horrible noche del desván, había arrojado de su mente tantos y tantos recuerdos desagradables. Era una mujer joven y rica, necesitaba distraerse, gozar de la vida... ¡vivir!

Ahora, ¡parecía todo tan lejano! El porvenir era leve, alegre, halagüeño.

Su pierna izquierda se había roto. Pero los cuidados del doctor Fulham, primero, y la atención de un famoso traumatólogo de Londres, después, habían minimizado el incidente. Sus huesos fracturados estaban soldando bien. Quizá tendría que soportar la escayola en su pierna durante dos o tres meses más —en el peor de los casos—, pero el médico de Londres le había asegurado que volvería a andar con toda normalidad.

Durante aquellas cortas vacaciones, no todo había sido maravilloso. Por ejemplo: cerca de Brighton, una de las ruedas delanteras del automóvil había estallado de improviso. Estuvieron a

punto de matarse, pero Higgins era un conductor experto y consiguió dominar el coche.

Por otra parte, Vanessa había estado a punto de precipitarse al vacío desde el piso cuarto del Brises Hotel, en Brighton, cuando estaba apoyada en el alféizar de una ventana. El accidente fue de lo más estúpido: un insecto se posó en los cabellos de Van. Gladys, que estaba cerca, intentó apartar al bicho de un golpe seco... Vanessa perdió el equilibrio. Se hubiera estrellado contra los erizados acantilados —treinta metros más abajo—, si no hubiera reaccionado instintivamente agarrándose con fuerza a la persiana embutida.

Aparte de aquellos dos casuales incidentes, los quince días en Brighton habían supuesto una etapa plena de serenidad de diversión y de auténtica paz para el espíritu.

El doctor Fulham la había llamado por teléfono desde Harrew Town.

—Sigue divirtiéndote, querida Van. Lo necesitas —recomendó.

Dos días después —el veintiséis de noviembre—. Vanessa recibió un aviso desde la recepción del Hotel Brises.

—Tiene una visita. ¿Puede bajar, *lady* McKarlish?

Ni siquiera preguntó el nombre del visitante. En recepción recibió una agradabilísima sorpresa:

Max Russell, vestido de paisano, muy elegante con su traje *sport* gris, la esperaba.

Se estrecharon las manos. Russell la observó fijamente y aprobó con un gesto expresivo.

—Tiene un excelente aspecto, *lady* Vanessa —dijo. Y sonrió.

—Evitemos el engorroso «usted» —propuso ella, impetuosamente juvenil—. ¿Qué hay de nuevo Max? Confieso que me siento encantada de volver a verte.

Russell disimuló la impresión que le causaba el súbito tuteo.

—Bueno... ¡ejem! Vine para darle cuenta de... ¡Al diablo! —se decidió repentinamente—: Tengo un defecto tremendo. Van: hasta ahora siempre me he considerado policía durante las veinticuatro horas de cada día. Y no creo que mi profesión me obligue a tanto... Bien, registramos escrupulosamente el desván de *McKarlsh Residence*. Todo estaba en orden, excepto...

—Excepto... ¿qué?

—Descubrimos un gran agujero en la chimenea de la cocina. Lo

habían tapado apilando unos cajones sobre otros, pero... Bien, eso es todo.

—Max... —Van apoyó una mano sobre el robusto hombro del policía—. ¿Ese agujero era reciente?

—No lo sé. Pero el baúl que tapaba el agujero mostraba quemaduras en sus maderas. Yo diría que sí, que el agujero era reciente —respondió Max.

—¿Y qué explicación tiene todo eso?

—Por ahora, ninguna. Tampoco hemos encontrado la moto que dejó sus rodadas al pie del muro del safari-reserva del coronel Dambury. Sin embargo, espero obtener datos concretos en breve. Bien... ¿Y usted? Quiero decir; tú. ¿Qué piensas hacer, Van? Estas pequeñas vacaciones te han ido muy bien. Creo que deberías pasar el resto de la temporada invernal en Londres.

—Lo pensaré —el semblante de Vanessa se había ensombrecido—. Pero no pensemos ahora en ello. ¿Un combinado, Max?

—Encantado. Permíteme que te invite —respondió Russell.

Fueron unos minutos llenos de encanto. No volvieron a hablar de Harrew Town, ni de *McKarlsh Residence*. Por el momento, Max habló de sus tiempos de adolescentes, de las travesuras de entonces, de sus proyectos y anhelos. Tomaron un par de combinados, rieron alegremente y gozaron de la mutua compañía hasta que él miró el reloj.

—Debo irme ya... o perderé el tren. Nos veremos pronto.

—Muy pronto, Max —pidió ella en un susurro. Y le acompañó hasta Hove Street, donde se despidieron.

Cuando volvió a recepción, Gladys estaba aguardándola.

—¡Lady Van! —exclamó—. ¡Empezaba a sentirme alarmada!... Discúlpeme: ese hombre, ¿no era el policía de Harrew Town? —preguntó, perpleja.

—Max Russell —respondió Van—. ¿Te sorprende? —Y se dirigió al ascensor sonriente y satisfecha, sin darle importancia a las muletas de aluminio sobre las que se apoyaba.

Regresaron a la Residencia McKarlsh el día treinta de noviembre. Soplaban, del norte, un viento fuerte y frío que cortaba el aliento, cuando descendieron del automóvil. Pero Helen Richards tenía encendida la calefacción a *fuel-oil* desde el amanecer y la casa

estaba confortablemente caliente y abrigada.

Van y Helen se fundieron en un apretado abrazo.

—Pareces otra, mi pequeña Van —observó el ama de llaves, complacida.

—Y lo soy, querida Helen —respondió Vanessa, contenta.

Anohecía. Fuera se oía el ladrido de los perros «dobermans» adiestrados, que Vanessa había hecho traer desde Londres. Eran animales feroces, terribles, empleados en la defensa personal, que sólo quedarían en libertad al anoecer.

Al escuchar sus ladridos, Van volvió a tomar sus muletas y salió al exterior, Higgins se veía en dificultades para sujetar a los cuatro musculosos animales del negro pelaje.

—¡«Iván», «Botnia», «Sonia», «Piotr»! —llamó Van. Y los temibles canes se volvieron hacia ella, mansos y sumisos. Van descendió la escalinata, acarició sus cabezas y se volvió hacia Helen, que estaba contemplándola desde la puerta.

—Sí, el parque está vallado —dijo el ama de llaves, como si hubiera adivinado el pensamiento de *lady* McKarlish—. Cualquier intruso tendrá que vérselas con los perros, si pretende llegar hasta la casa.

—¿Por qué tantas precauciones, *lady* Vanessa? —preguntó Gladys, al tiempo que dejaba en el vestíbulo dos pesadas maletas.

—Un capricho de *lady* McKarlish —le contestó la señora Richards. Y ambas penetraron en la casa, cargadas con las valijas.

Helen penetró bruscamente en la biblioteca. Vanessa la conocía tan perfectamente que con sólo una mirada adivinó que la señora Richards se sentía sumamente preocupada.

—Van, Higgins quiere hablar contigo a solas —dijo—. Es urgente.

—Muy bien. Que pase.

Eran las once de la noche. Fuera se oían los sordos gruñidos de los perros guardianes.

Sonó un ligero golpe en la puerta y apareció Higgins. Vanessa le invitó a sentarse junto a la lumbre y encendió un cigarrillo, pensativa.

—¿De qué se trata, Higgins?

—Creo que mi obligación es informarle de lo que acabo de

descubrir, *milady* —dijo el viejo servidor, apoyadas las manos en las rodillas—. Verá: a las ocho, descendí a la bodega para traer el jerez que usted me había pedido, ¿lo recuerda? —Como Vanessa asintió, el mayordomo continuó—: Ya sabe que desde treinta años acá me he ocupado de la adquisición y conservación de los vinos y licores de esta casa. Pues bien: he comprobado que faltan más de cuarenta botellas de jerez.

—¿Y...? —Estaba diciendo Vanessa, cuando las luces se apagaron súbitamente.

Durante unos segundos, ambos se contemplaron al resplandor de las llamas.

—Es la tormenta —dijo el mayordomo—. Seguramente ha saltado el interruptor automático del transformador. Tendré que ir a echar un vistazo.

Vanessa se puso en pie. Parecía preocupada.

—Aguarde. Higgins. Los perros son temibles. Y aún no le conocen muy bien, según pude comprobar esta tarde —advirtió—. Bajare con usted.

—Se lo agradezco —respondió el mayordomo.

Abandonaron la biblioteca juntos. Van esperó en el vestíbulo. Un momento después. Helen y Gladys se reunían con ella: ambas parecían asustadas.

—Calma, calma —Higgins portaba una linterna—. Ha ocurrido otras veces, pero yo lo solucionaré en pocos minutos. Quédense aquí, *milady* vendrá conmigo. No se muevan, dentro de unos minutos tendremos luz.

El mayordomo abrió la puerta principal y Vanessa le siguió. Fuera, la noche era oscura, aunque de vez en cuando una fulgurante exhalación iluminaba los contornos del parque.

—Venga detrás de mí —propuso Van, a quién el mayordomo había entregado una linterna—. No tema. Los perros se acostumbrarán pronto a usted, Higgins.

Mientras avanzaban hacia el transformador —distante unos treinta metros—. Vanessa experimentó un sentimiento de ternura y admiración hacia el hombrecillo que seguía sus pasos sin vacilar. Porque era evidente que Higgins sentía miedo, pero lo superaba fácilmente con su sentido del deber.

No llovía, pero el viento cortante del norte azotaba sus rostros.

—¡«Botnia», «Piotr»!... —llamó Vanessa.

Se oyó un ligero gruñido y Van sintió en las pantorrillas el empuje poderoso de uno de los temibles «dobermans».

—¡Aquí, «Piotr»! Así. Buen chico. Éste es Higgins, un amigo... ¡Muy bien, «Botnia»! —aprobó Van al ver que uno de los canes olfateaba mansamente la mano izquierda del mayordomo.

Se detuvo, vacilante. ¿Dónde estaban los otros dos perros, «Sonia» e «Iván»? Los llamó repetidamente, pero no aparecieron. Luego, de repente, «Botnia» y «Piotr» escaparon a la carrera y se perdieron entre los macizos de flores.

—Extraño —susurró Van. Y tomó a Higgins por un brazo y lo arrastró en pos de los «dobermans».

Caminaba aprisa, a pesar de su pierna escayolada.

Detrás de un macizo de boj. «Botnia» y «Piotr» husmeaban, muy nerviosos, y volvieron atrás, gruñendo sordamente.

—*Lady* Vanessa —murmuró Higgins—. Volvamos atrás. Puede ser peligroso...

Pero ella avanzó veloz y contorneó el seto. Higgins oyó su exclamación de horror y la siguió rápidamente.

Murmuró una imprecación al descubrir los cuerpos de dos perros que yacían amontonados y... decapitados, sobre la nieve manchada de sangre profusamente. Próximos, «Botnia» y «Piotr», gruñían quejumbrosamente, dando muestras de gran inquietud.

—Retrocedamos, por favor —rogó el mayordomo, impresionado—. Esto es...

—La obra de una bestia salvaje —murmuró Van, tremente la voz—. Sólo una bestia sedienta de sangre haría una cosa así. Es... horrible.

—¡Por favor, *lady* Vanessa!

Vanessa se dejó tomar por un brazo y Higgins la arrastró lejos de allí. Poco después se detenían ante el transformador.

—No entre, Higgins —suplicó Vanessa—. Mañana...

—Es imprescindible que dispongamos de fuerza eléctrica —respondió el mayordomo—, pero no es preciso que se quede aquí, está helando y va a resfriarse. Espéreme en el vestíbulo: volveré en pocos minutos.

—Pero...

—Por favor. Piense en su reciente pulmonía.

—Está bien, pero no tarde, Higgins. Le estaré esperando — accedió. Y se alejó, cojeando, hacia la fachada principal de la residencia.

Ascendía la escalinata, cuando las luces de la mansión destellaron un instante para volver a apagarse enseguida.

En el vestíbulo la aguardaba una nerviosa Helen, que la enfocó, desconfiada, con su linterna.

—Van, ¿qué ha ocurrido? —Se tapó la boca con una mano y exclamó en un susurro—: Estás pálida, querida.

—No importa, Helen. Por favor, tráeme una de las escopetas de mi padre. Hay varias cajas de cartuchos en el bargueño grande de la biblioteca. ¿Qué esperas? ¡Ve! —La acució.

—Sí, sí, voy ahora mismo —respondió Helen, cada vez más inquieta.

Volvió tres minutos después con una magnífica «Remington» de repetición y una caja de cartuchos.

Van tomó la escopeta, e insertó seis cartuchos en el depósito.

—¿Dónde está Gladys? —preguntó al ama de llaves.

—Está muy asustada. Le dije que lo mejor que podía hacer era irse a la cama. Y así lo hizo. Van, ¿por qué no avisas al sargento Russell?

—Más tarde, cuando Higgins esté de regreso. Por cierto... — Vanessa dirigió el foco de su linterna al reloj del vestíbulo—. ¡Qué extraño! Hace más de diez minutos que dejé a Higgins en el transformador. Debería estar aquí ya.

Aguardaron con el alma en vilo. A través de la puerta, entreabierta, penetraba el fulgor cegador de las centellas.

Un restallante trueno hizo vibrar los muros de la Residencia. Su eco fue repetido varias veces por las próximas colinas de Boudie Hills.

En el *office* contiguo al vestíbulo repiqueteó el timbre de un teléfono.

—Atiéndelo, por favor —indicó Vanessa.

—Tengo... tengo mido —confesó la señora Richards, temblorosa.

—Yo también me siento aterrada —afirmó Van—, pero hay que atender el teléfono. Espérame aquí. Higgins volverá de un momento a otro. Toma, coge la escopeta. Volveré enseguida.

Se separó de Helen, que apenas podía disimular su íntima zozobra, y atravesó el vestíbulo.

De repente se detuvo ante la vicia armadura que ocupaba un lugar en el vestíbulo. Un pensamiento inquietante cruzó su mente... ¿Por qué faltaba el pesado mandoble de acero que completaba la armadura? ¿Acaso lo había desmontado Higgins para limpiarlo o lustrarlo?

El teléfono seguía zumbando, impaciente, por lo que Van arrastró su pierna escayolada sobre las losas de mármol, penetró en el pasillo y empujó la puerta del *office*.

Apartó una silla, llegó junto a una mesita, alargó la mano para tomar el auricular del teléfono y... un relámpago plateado cruzó el aire con sordo siseo. El filo del mandoble se abatió sobre la mesa y partió el teléfono en dos pedazos.

Vanessa exhaló un chillido de espanto. La linterna que había dejado en la mesa cayó al suelo y... se apagó.

A espaldas de Van se oyó un jadeo. Un chasquido escalofriante le anunció que el temible mandoble acababa de golpear por segunda vez.

«Un golpe bien asestado», pensó aterrada. «Un golpe capaz de dividir a una persona en dos».

Vanessa se dejó caer al suelo, en medio de las tinieblas. Rodó sobre el *parquet*. Su mano izquierda tropezó con un pie calzado. Alzó la pierna escayolada y asestó un fuerte golpe a la persona que empuñaba el mandoble.

Sonó un gemido. Van alzó su pierna escayolada por segunda vez y dirigió otro golpe al criminal. Un chillido de dolor fue la respuesta. Enseguida. Van escuchó un arrastrar de pies, el chirriar de una puerta y el rumor de una rápida carrera en el pasillo.

Giró sobre sí misma, palpó el suelo y halló la linterna. La encendió. El teléfono estaba en la mesa, roto, inservible. Dos hendiduras profundas y rectas cruzaban las maderas de la mesa.

Salió al pasillo, cautelosa. El aro de hierro de su pie escayolado golpeó con fuerza el marco de la puerta.

El pasillo estaba solitario. No había nadie a la vista.

—¡Van, Van! —llamó la angustiada voz de Helen Richards.

—Estoy bien —respondió la joven—. Ten cuidado con esa escopeta. Soy yo quien se acerca. Voy a reunirme contigo.

Helen aparto el cañón de la escopeta.

—¿Qué... qué ha pasado? —murmuró la buena mujer.

Van elevó el mandoble que acababa de recoger del suelo.

—Han intentado asesinarme con esto —respondió—. ¿Viste salir a alguien del pasillo?

—No. Sólo escuché un tremendo estrépito —dijo, muy pálida—. ¿Qué ha ocurrido en el *office*?

—Ya te lo he dicho. Alguien quiso partirme en dos con este mandoble —contempló el arma con estupor y la ajustó en la armadura—. ¡Torpe de mí! —se lamentó—. Con mis manos he borrado las huellas del asesino.

—Van, lo confieso, querida: me siento aterrada —murmuró el ama de llaves, dirigiendo una desconfiada mirada a su alrededor.

—Lo sé, pero debemos conservar la serenidad. ¿Higgins...?

Consultó el reloj. Hacía más de media hora que el mayordomo penetrase en el transformador. ¿Por qué no volvía Higgins, tanto si había reparado la avería como si le había sido imposible?

—Temo que le haya ocurrido una desgracia —murmuró, inquieta—. Sea como sea, hemos de averiguarlo. ¿Quieres acompañarme, Helen?

—Cualquier cosa antes... antes que permanecer aquí a solas —respondió la señora Richards.

La tormenta se iba alejando. Todavía cruzaban algunos relámpagos en el borroso firmamento, pero las exhalaciones brillaban ya lejanas.

—Sostén las dos linternas encendidas —pidió Vanessa a su ama de llaves—. Yo caminaré a tu lado con la escopeta preparada.

Salieron y avanzaron despacio sobre la nieve, endurecida por el helado viento norteno.

—¡«Botnia», «Piotr»! —llamó Van, deseosa de la compañía de los fieros «dobermans». Pero los perros no acudieron a sus llamadas.

Van se estremeció de frío, pero apretó los labios con decisión y siguió adelante. Poco después se detenían ante la puerta metálica del transformador, que aparecía entreabierta.

—Déjame una linterna —pidió Vanessa, y la arrebató, impaciente, de los helados dedos de la señora Richards.

Empujó la puerta, que se abrió con un estridente chirrido.

El haz de la linterna iluminó el piso de hormigón del pequeño

receptáculo. Higgins no estaba a la vista; Van dejó escapar un suspiro de alivio.

Nunca había penetrado en el transformador hasta aquella noche. Alzó la linterna y vio la escalerilla metálica que ascendía hasta una plataforma, desde la que podía manipularse en un cuadro eléctrico y en el bloque del transformador.

Un extraño fluido vibraba en las alturas. El cuerpo del transformador, cuyo conmutador estaba sumergido en aceite, aparecía rodeado por una fosforescencia gris-azulada. El aire olía a ozono.

«Debo salir de aquí inmediatamente», pensó Vanessa, al advertir que la escopeta que llevaba en la mano izquierda experimentaba una insólita tendencia a alzarse hacia las alturas.

Apoyó la linterna sobre uno de los peldaños metálicos. Sólo brilló un instante; lo suficiente, no obstante, para que iluminara el rostro negruzco de Higgins, cuyo cuerpo colgaba, desmadejado, sobre la barandilla de la plataforma elevada.

Sólo brilló un instante la linterna, pues al momento se alzó en el aire, atraída por una fuerza irresistible. El largo cilindro de metal golpeó el transformador y rozó los cables de alta tensión. Brotó un resplandor rojizo y un haz de chispas. Gotas de metal fundido salpicaron en todas direcciones.

Van retrocedió y escapó, espantada. En su loca retirada, chocó con la señora Richards y ambas cayeron al suelo.

La linterna que aún mantenía encendida Helen rodó por el suelo e iluminó un seto nevado.

El ama de llaves lanzó un grito de sorpresa y se revolvió sobre la nieve, presa del pánico.

Van se alzó dificultosamente, arrastró su pierna escayolada y se apoyó, jadeante, en el muro del transformador.

Brilló un fogonazo.

Muy cerca de su cabeza, un pedazo de plomo arrancó un grueso fragmento de hormigón, que arañó —de refilón— su mejilla.

Las luces de Harrew Town enviaban su fulgor hacia las nubes y éstas devolvían un tenue resplandor amarillento sobre *McKarlsh Residence*. La luz era escasa, pero suficiente para que Vanessa alcanzase a distinguir la silueta de la persona que corría hacia ellos a través del jardín nevado. Un segundo fogonazo destelló en la

penumbra.

El balazo perforó la puerta de hierro del transformador.

«Botnia» y «Piotr» perseguían al intruso, casi le daban alcance. Pero Vanessa estaba segura de que aquel hombre dispararía de nuevo contra ella. Entre tanto, Helen, paralizada por el espanto, permanecía inmóvil en el suelo.

El miedo impulsó a Van a dejarse caer al suelo, palpar la nieve, aferrar la escopeta, alzar el cañón y disparar, cuando otra cádena llamarada fulgió a unos metros de distancia.

Oyó el alarido del hombre al ser alcanzado por el chorro de perdigones de plomo vomitado por su escopeta, el intruso alzó ambos brazos y cayó de bruces. Su carabina resbaló sobre la nieve y se detuvo a los pies de Vanessa.

Lentamente, la joven bajó el cañón de su escopeta. Los perros se abatían ferozmente sobre el cuerpo inmóvil del intruso.

Indecisa, Van recogió la linterna del suelo, avanzó unos pasos y dirigió el chorro de luz hacia adelante. Un nombre se debatía en el suelo, acosado por los «dobermans».

Ayudó a incorporarse a Helen, que contempló un instante la dramática escena y murmuró:

—¡Dios santo!

Avanzaron hacia el hombre caído. Los perros le acosaban sin cesar, a dentelladas.

—¡«Piotr», «Botnia», aquí! —llamó Vanessa.

Los canes se negaban a obedecer, pero Van repitió su orden y al fin los dos «dobermans» se apartaron del intruso.

Un escalofrío agitó a las dos mujeres: de las fauces de los perros caían gotas de sangre.

La señora Richards se cubrió el rostro con ambas manos. Van se acercó al hombre caído.

El disparo de Van había destrozado el brazo izquierdo de aquel hombre. Pero su garganta desgarrada... era obra de los feroces «dobermans».

Van experimentó un ligero vahído. Con un esfuerzo de voluntad, se rehízo.

—¿Quién... quién es? —murmuró Helen Richards, que no se atrevía a contemplar la espeluznante carnicería.

A Van le temblaron los labios. De frío y de espanto.

La luz de la linterna iluminó un rostro ancho, brutal y abotargado. Sus ojos estaban abiertos, desorbitados.

Van murmuró:

—Creo que es... Larry Melbourne.

—¡Jesús! —exclamó Helen.

La escopeta cayó de la mano de Vanessa. Un momento después la joven caía, desmayada, sobre la nieve.

Todo el miedo y la zozobra que asaltaban a la señora Richards se esfumaron al ver a Vanessa desmadejada sobre el suelo helado.

Con extraordinaria presencia de ánimo, alejó a gritos a los perros, recogió la linterna del suelo y, con vigor insospechado, tomó a la joven por la cintura y la arrastró hacia la casa.

—¡Gladys, Gladys! —gritó en el vestíbulo.

CAPÍTULO 7

Las palabras de Max Russell acabaron por convencer a *lady* McKarlish. Todo estaba explicado.

—Larry Melbourne era un alcohólico sin remedio. No tenía voluntad para ganarse la vida trabajando y estaba fichado por la policía. Tuvo la oportunidad de residir algunos días en la Residencia McKarlish, que llegó a conocer perfectamente. Las riquezas que vio aquí debieron de excitar su codicia. Antes de que el parque de esta mansión fuera vallado en todo su perímetro, Larry Melbourne consiguió introducirse en esta propiedad, y probablemente, se escondió en el sótano. Hay que imaginar que su intención era robar dinero u objetos de valor... aunque tú fuiste generosa para él y para los Gwins. Creo que se ocultó en el sótano y ello explicaría que Higgins echara en falta unas cuarenta botellas de jerez, que debió de beberse Melbourne, pues, como todos sabemos era una borrachín impenitente.

Van escuchaba al policía sin interrumpirle.

—Las diez mil libras que tú le regalaste quizá hicieron concebir a Larry Melbourne la esperanza de conseguir mucho más. Por otra parte, dos inspectores del Yard han interrogado a Edwidge y Tom Gwins. Ambos han confesado que Melbourne llegó a proponerles el secuestro del pequeño Phil Hobson... con la esperanza de que tú pagases un elevado rescate.

—Pero ¿y los macabros hallazgos de despojos humanos?... ¿también eran obra de Larry Melbourne? —planteó *lady* McKarlish.

Max le dirigió una mirada de sus expresivos ojos castaños.

—Larry Melbourne está muerto. Si le hubiéramos cogido vivo, tal vez habría respondido a esa pregunta —contestó—. Quizá pretendía crear un ambiente de terror en esta casa... con el fin de tener libre el camino para sus rapiñas... cuando llegaba la noche. De todas formas, temo que no podremos averiguar ciertas cosas.

—¿Y la muerte del pobre Higgins? —insistió Vanessa.

—Un desgraciado accidente. La autopsia así lo señala: muerte por electrocución. Sus pies y sus manos estaban mojados, debió de tocar con sus dedos las cuchillas del interruptor y...

Russell calló. Sin embargo, a Vanessa McKarlish le dio la impresión de que el amable policía se reservaba algo.

En su interior. Van se planteaba ciertas preguntas inquietantes. Pero los días fueron transcurriendo apaciblemente y el tiempo borró el recuerdo de aquellos dramáticos sucesos.

De Londres llegaron dos nuevos ejemplares de perros «dobermans», con los que Van se familiarizó en pocos días.

Por otra parte, la alta valla que circundaba *McKarlish Residence* suponía una seguridad muy fiable, refrendada por la presencia constante en el parque de los perros de guardia.

Sin embargo, a veces Vanessa recordaba la horrible escena del infeliz Higgins retorcido sobre sí mismo en la plataforma del transformador.

Algunas cosas estaban explicadas. Otras... quedaban tan borrosas como la localidad de Harrew Town, envuelta en la bruma invernal.

«Para sentirme segura, me he visto obligada a vallar esta propiedad y a traer feroces perros de defensa», pensaba Van. «Sin embargo, antes jamás fueron necesarias tales precauciones. ¿Por qué ahora sí?», se planteaba.

Fue preciso contratar un nuevo mayordomo. Vanessa telefoneó al agente Herbert Williams, y éste se comprometió a complacerla en el plazo más breve posible.

El nuevo mayordomo llegó dos días más tarde. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto y robusto. Se llamaba Andrew Thompson y tenía un rostro anguloso, vulgar e inexpresivo.

En los siguientes días, Vanessa pudo comprobar que Thompson no poseía la habilidad ni las excelentes cualidades del malogrado Higgins. En realidad, aquel hombretón tenía más aspecto de guardaespaldas que de refinado mayordomo.

Algunos días más tarde, el correo trajo una carta para *lady* McKarlish. No pudo averiguar quién la enviaba, pues el remitente había omitido consignar su nombre.

Con la natural curiosidad, rasgó enseguida el sobre y leyó la

hoja manuscrita:

«Querida lady McKarlish:

He logrado averiguar que su vida corre grave peligro. Poseo datos ciertos que demostrarán sin lugar a dudas cuánto afirmo, y que valdrán para desenmascarar y llevar a prisión a la persona que se ha propuesto asesinarla. Se sorprenderá muchísimo cuando se desvele su verdadera identidad, pues se trata de una persona que usted conoce.

Por supuesto, no soy tan desprendido como para hacer todo esto gratuitamente. A cambio de las pruebas que poseo, exijo cinco mil libras esterlinas. Mi información vale mucho más, pero usted misma juzgará cuando esté en posesión de tales pruebas.

Si le interesa mi oferta, estaré esperándola hoy mismo en Hogany Manor, hasta las siete de la noche. Citarla en tal lugar no supone un capricho, sino una elemental precaución, pues mi vida también correrá peligro si la persona que vamos a desenmascarar supiera que tengo en mi poder documentos que pueden llevarle a la cárcel.

Si acude a la cita, sabrá mi nombre y probablemente me reconocerá. Le oculto por ahora mi identidad porque soy una persona prudente y no quiero cometer el menor error que pudiera perjudicarme.

Le ruego queme esta carta, una vez leída. No hable a nadie de este asunto, por su bien. Traiga el dinero y acuda sola. Si advierto que se hace acompañar de otras personas, evitaré el contacto. La espero.»

Vanessa leyó y releyó varias veces la carta. Cuando finalmente plegó aquella hoja manuscrita y la introdujo en el sobre, su curiosidad había alcanzado un alto nivel de excitación y ansiedad.

¿Sería prudente asistir a aquella cita?

Según recordaba, *Hogany Manor* era una vieja casa de piedra, situada a unos cinco kilómetros al norte de Harrew Town. Era una

casa de campo, erigida junto a un camino vecinal muy transitado por tractores, furgonetas y otros vehículos destinados a transportes y faenas agrícolas.

¿Qué puedo perder? —se dijo—. Si me encontrara en peligro me bastaría gritar para que alguien acudiera inmediatamente en mi auxilio.

Sin embargo, no se sentía demasiado segura. En *McKarlsh Residence*, se sentía protegida ahora, pero...

Las frases de aquel menaje se repetían una y otra vez en su mente.

—«... desenmascarar y llevar a la cárcel a la persona que quiere asesinarla...». «Se trata de una persona a quién usted conoce bien...».

Desde que Thompson le entregara la misteriosa carta, hasta las cinco de la tarde, Vanessa se debatió en la duda.

Finalmente, tomó la pequeña pistola «Lumeth» calibre 6,25 que había pertenecido a su padre, y llamó a Thompson.

—¿Sabe ensillar un caballo? —le preguntó.

—Desde luego, *milady* —respondió el corpulento mayordomo.

—Entonces, por favor, ensille mi yegua.

La señora Richards salió del *office* cuando Thompson se dirigía a las caballerizas.

—¿Vas a salir, querida? —preguntó el ama de llaves, preocupada.

—Sí, voy a dar un paseo. ¡Hace tiempo que no saco a «Wamp» de su establo! No temas, estaré de regreso antes de las ocho.

—Pero tu pierna...

—La escayola no será un obstáculo para montar a mi yegua. «Wamp» es dócil. Ahora voy a vestirme. Por favor, no estés preocupada.

Bajó un momento después. Vestía un holgado pantalón vaquero y un chaquetón de fino ante, en uno de cuyos bolsillos guardaba la pistola.

En el vestíbulo, la señora Richards se retorció ambas manos, muy nerviosa.

—Ya que pareces decidida a llevar a cabo esa locura, dime al menos hacia dónde te diriges —suplicó.

Vanessa bajó la voz.

—Llegaré hasta Hogany Manor —respondió. La besó en la mejilla rápidamente y pidió—: Tráeme mis muletas.

Thompson aguardaba en el parque, sosteniendo por la brida una magnífica yegua de negro y brillante pelaje. El animal se tranquilizó inmediatamente cuando Vanessa la acarició y golpeó a palmadas su ancho pecho.

Ayudada por el mayordomo, montó, sujetó las livianas muletas a la silla y abandonó la Residencia.

Salíó a la carretera y taloneó a la yegua, que avanzó airoosamente al trote largo. Pocos minutos después llegaba a Harrew Town, cruzaba ante la *Berrayne Taverny* tomaba el camino rural que llevaba a *Hogany Manor*.

El firmamento tenía un tono plomizo y el viento estaba en calma. Hacía frío, un frío seco y penetrante que enrojeció pronto sus mejillas. A pesar de ello, la galopada la hizo sentirse alegre y plena de vigor.

El camino describía constantes curvas a través de granjas y campos de labor, jalonadas por bosquecillos cubiertos aún por la nieve.

Al salir de una curva. Vanessa descubrió un cartel elevado en tierra al borde del camino.

«PRECAUCIÓN. PUENTE HUNDIDO A DOSCIENTOS METROS», avisaba el rótulo.

Debía tratarse del puente sobre el
O'Hare

Creek, un arroyo de escaso caudal que iba a verter sus aguas al próximo río.

Taloneó a «Wamp» y continuó cabalgando.

Un viejo camión *Redford* había quedado atrapado en el puente. Debía de ser su carga excesiva —unas diez toneladas de madera— lo que había originado la rotura de una de las vigas de hormigón que soportaban el peso del puente. Aunque el caudal del
O'Hare

era escaso, la depresión de su cauce evitaría que los vehículos lo vadearan, lo que suponía que el camino apenas sería frecuentado hasta que el puente fuera reparado o rehecho.

—Lo prudente sería volver atrás —se dijo Vanessa. A pesar de lo cual, rozó los ijares de la yegua con las espuelas y descendió a la

orilla con precaución, vadeando fácilmente la exigua corriente.

Al otro extremo del camino, Van galopó veloz hasta distinguir la mole de *Hogany Manor*. Un grupo de añosos olmos rodeaba la vieja construcción de piedra. Sujetó a «Wamp», que caracoleaba muy inquieta. Cuando logró calmar el animal, desmontó con cuidado, tomó sus muletas y ató las bridas en los barrotes de una reja de la construcción.

Van dudó un momento a la puerta del caserón. Y luego se decidió.

—Tengo que saber el nombre de mi anónimo comunicante y comprobar la verdad de sus acusaciones —se dijo.

—¿Hay alguien ahí dentro? —preguntó, procurando que su voz no temblase. De la puerta del fondo, entreabierta, brotaba aquel resplandor anaranjado.

—Adelante, *lady* Vanessa —invitó una voz átona, sin matices—. Estoy aquí. La espero. Entre.

Vaciló un instante, pero recordó que llevaba la pistola cargada en el bolsillo y se decidió. Estaba decidida a disparar si se veía en peligro.

Cruzó el amplio vestíbulo. Sus pasos apenas producían ruido sobre la espesa capa de polvo que cubría la vieja alfombra.

Empujó la puerta y avanzó dos pasos, ávida por escrutar el rostro de la persona que la había citado. Súbitamente, la puerta la desplazó y la golpeó lateralmente. Con tanta fuerza que sus pies perdieron contacto con el suelo. Dejó escapar un grito de alarma y cayó violentamente a tierra.

Simultáneamente la luz anaranjada se extinguió.

Alguien se movió cerca. Van contuvo un cernido de dolor y buscó apresuradamente la pistola en el bolsillo de su chaquetón. La sacó, pero su mano chocó con una muleta y el arma se le fue de entre los dedos.

En aquel momento, el recio portalón se cerró. Vanessa pudo oír claramente el chirrido del cerrojo al desplazarse entre los oxidados goznes.

La habían dejado encerrada.

La sorpresa y el miedo la dejaron sin habla.

Desde el exterior llegó el rumor de un galope, que se alejó hasta extinguirse por completo.

La persona que la había dejado encerrada huía a lomos de «Wamp».

—¿Por qué... por qué? —se preguntó obsesivamente Vanessa.

Inquietantes pensamientos acudieron a su mente, Quizá la persona que la había citado en aquel tétrico lugar fuera sólo un cómplice de aquella otra que pretendía asesinarla.

Buscó un mechero en sus bolsillos pues la oscuridad era absoluta, pero no lo halló.

—¡Estúpida! —se increpó a sí misma—. Eres una verdadera idiota, Vanessa McKarlish. Has caído en la trampa como una niña ingenua.

La curiosidad que despertara en ella la carta de un desconocido, la había perdido.

Olfateó el aire profundamente.

Extraño. La estancia estaba impregnada de un fuerte aroma a colonia barata. Perfume de mujer.

—Que sea un hombre o mujer quien me ha atraído hasta aquí, carece de importancia —se dijo—. Lo urgente es salir de este horrible lugar cuanto antes.

Palpó el sucio suelo y encontró sus muletas. Se puso en pie con dificultad, pues todavía se sentía dolorida como consecuencia del golpe con la puerta y el violento batacazo.

Un sollozo ahogado brotó de sus labios.

—No seas necia —se recriminó—. Las lágrimas no te ayudarán a resolver esta desgraciada situación.

No había tenido tiempo de contemplar los perfiles de la habitación en la que se hallaba encerrada. Pero quizás existiese una ventana, otra puerta... Avanzó con cautela, despacio, temerosa de dañarse al chocar con algún obstáculo en las tinieblas.

Sus muletas tocaron algo de consistencia sólida, caído en tierra. Se inclinó y palpó: madera. Una especie de gran círculo de madera, construido con tablones de unos cuatro centímetros de grosor.

Contorneó aquel obstáculo y siguió adelante, muy despacio.

De improviso, las muletas se hundieron en el vacío y Vanessa perdió el equilibrio.

Un alarido de espanto irrefrenable brotó de su garganta al comprender que acababa de precipitarse al vacío.

Su chillido halló eco en la bóveda de la estancia. Todavía gritaba

cuando su cuerpo se hundió profundamente en las frías aguas de un pozo.

Transcurrió un lapso de tiempo que se le antojó interminable, y al fin notó que alcanzaba la superficie a pesar del contrapeso que suponía su pierna escayolada.

Tosió secamente, respiró con avidez.

Sus manos, enguantadas, buscaron aferrarse desesperadamente a algo. Era inútil: las paredes cilíndricas del pozo eran tan resbaladizas que resultaba imposible asirse a ellas. Algo rozó su brazo.

No había bichos. Las muletas, fabricadas en tubo de aluminio hueco, se habían sumergido con ella, pero ahora —taponados sus extremos herméticamente con tacos de plástico—, volvían junto a Vanessa, flotaban sobre el agua.

Tomó las muletas, las cruzó entre sí y apoyó sus extremos en las curvas paredes del pozo.

¡Y comprobó que formaban un sólido asidero!

Sujeta a las entrecruzadas muletas. Van se esforzó en pensar, en analizar cada vivencia, cada momento de su vida en compañía de Harold.

Cuando se conocieron, él estaba a punto de ir a parar a la cárcel. ¿El motivo? Sus numerosas deudas, que no eran sino estafas encubiertas.

—Estuve ciega, absolutamente ciega —murmuró Vanessa en la densa oscuridad del pozo. Pero sus ideas eran lúcidas, y sus razonamientos certeros.

Ahora veía con claridad en medio de las tinieblas. Su primer encuentro con Harold no había sido sino el resultado de una maniobra hábilmente planeada y organizada con toda sangre fría.

Harold había conseguido que una amiga de Van, Frances Sullivan, les presentara. Pero su vida en común no había sido sino una sucesión de fingimientos por parte de Harold. Naturalmente, él codiciaba su dinero y toda suerte de bienes materiales, aunque sabía disimular su ansiedad para ganarse la confianza de Vanessa.

Un lejano chirrido interrumpió sus pensamientos. ¡Al fin venían a rescatarla!

Aguzó el oído, contuvo la respiración para captar los sonidos que le llegaban desde arriba.

¡La abnegada Helen Richards había cumplido! Seguro que se había apresurado a telefonar al sargento Russell, a movilizar a los vecinos de Harrew Town para organizar la búsqueda.

Arriba se oyeron unos pasos. Súbitamente brotó un chorro de luz que cegó momentáneamente a Van. Al cabo de unos instantes, alzó la mirada y pudo contemplar el larguísimo tubo del pozo.

Suspiró. Sus músculos se relajaron. Va estaba próximo el momento de su rescate. La sacarían de allí, la envolverían en una abrigada manta de lana, le darían un poco de *brandy* para que entrara en reacción y la llevarían rápidamente a la residencia McKarlish. Quizá se vería obligada a guardar cama unos días, pero después...

—¡¡Aquí!! —gritó—. ¡Estoy aquí, en el fondo del pozo!

—Ya lo sabemos —respondió una voz conocida.

Una grosera risotada resonó arriba.

En el brocal del pozo asomaban las cabezas de Edwidge y Tom Gwins, los indeseables parientes de Harold.

Van se estremeció. No esperaba a aquellas personas, no a los Gwins. ¿Por qué estaban allí?

Van dejó escapar un gemido estremecedor.

—¡Por favor, por favor! ¡Sacadme de aquí! —rogó, desesperada—. Si es dinero lo que queréis, os lo daré a manos llenas. Pero por amor de Dios, por caridad, sacadme. Mi cuerpo está empezando a anclarse...

La hermana de Harold dejó escapar una risa seca, áspera y chirriante.

—Eres una mujer muy valerosa, querida Van —observó, irónica—. Creímos que estarías ya ahogada, muerta, y... resulta que todavía estás vivita y coleando.

Vanessa dejó caer la cabeza sobre el pecho. La linterna con que la enfocaba Edwidge Gwins la deslumbraba.

—Os lo suplico —insistió, desalentada—. Es dinero lo que buscáis, ¿no es cierto? Os lo juro: os entregaré lo que me pidáis. No os denunciaré a las autoridades, callaré... ¡Pero no me dejéis morir de frío y de miedo!

Edwidge volvió a reír, cruelmente.

—Lo has adivinado, jovencita. Es dinero precisamente lo que queremos. Y no un poco de dinero, una limosna como las

anteriores, *sino todo tu dinero*. Pero para conseguirlo, *necesitamos que mueras*. Todos pensarán en un accidente fortuito. Deducirán que viniste aquí dando un paseo y te refugiaste en *Hogany Manor* para evitar la tormenta de nieve. Porque está nevando de nuevo, ¿verdad, Tom? La policía imaginará que, en la oscuridad, no viste la boca de este pozo y caíste —Edwidge sonrió complacida—. Nosotros nos ocuparemos de que encuentren tu cadáver, pasados unos días...

—¡Por amor de Dios, Edwidge, no sigas hablando así! —sollozó Vanessa—. ¿Cómo puedes ser tan inhumana?

—Permíteme que termine, pequeña —la interrumpió la hermana de Harold, con indiferencia—. Cuando encuentren tu cadáver, mi sobrino, Phil Hobson, se convertirá en heredero de una enorme fortuna. Después... ya nos las arreglaremos para ir disponiendo del dinero que necesitemos.

Vanessa notaba como paulatinamente el frío iba penetrando en sus huesos, embotando sus sentidos y mermando sus fuerzas.

—Me resisto a admitir que un plan tan retorcidamente inteligente y meticuloso haya salido de tu cerebro, Edwidge —murmuró Vanessa, débil ya la voz—. Nunca tuviste mucha inteligencia, aunque tu ambición no conozca límites.

Allá arriba, el rostro caballuno de la esposa de Tom Gwins se crispó en un rictus colérico.

—No creas que soy tan estúpida, pequeña Van —gruñó.

Dio un súbito codazo a su esposo, que asistía a la escena inexpresivo y silencioso, y le increpó:

—Vamos, Tom, querido: hay que moverse. Vanessa McKarlish tiene que estar muerta cuando salgamos de aquí.

Van tiritaba allá abajo. Sus escalofríos eran provocados por el frío y el pánico, a partes iguales.

—Pero ¿qué debo hacer? —masculló Gwins con torpeza—. ¿Quizás arrojar a esa pobre chica uno de los gruesos pedruscos apilados detrás de la casa?

Edwidge soltó una risita chirriante.

No seas idiota, querido esposo. Si le destrozas el cráneo con una piedra, un simple examen forense revelaría que no murió ahogada. Y eso no nos interesa, Tom.

—Tal vez si tuviéramos un palo suficientemente largo para

empujarla hacia el fondo, se ahogaría —insinuó Gwins, aunque no demasiado seguro de que su idea gustaría a Edwidge.

—No hay duda: eres un auténtico majadero —se encolerizó su esposa—. ¿Es que no se te ocurre nada más brillante?

—Verdaderamente, no —confesó Tom.

—¡Brillante! —murmuró Edwidge, paladeando la palabra como si fuese un bombón de licor—. ¡He aquí la solución perfecta!

—¿Qué solución? —Tom parecía desorientado.

—¿No la adivinas? El depósito de combustible de tu coche está casi lleno. Tienes también un tubo flexible y un depósito de plástico. Ve y saca diez litros de gasolina. ¡Date prisa! —ordenó la arpía, impacientándose.

—Aún no lo entiendo —respondió Tom, agitando pesadamente la cabeza. De los ojos de Edwidge brotó un relumbre diabólico.

—Eres como un niño, querido, pero tu mujercita te lo explicará. Escucha: verteremos la gasolina en el pozo. Ya sabes que la gasolina es más ligera que el agua y, por tanto, flotará sobre la superficie. Y ahora, observa lo que hago.

Edwidge sacó un trozo de papel de periódico, lo arrugó y le prendió fuego con la llama de un pequeño encendedor dorado. Luego arrojó el papel al pozo, que cayó muy cerca de la cabeza de Vanessa, ardió durante unos segundos sobre el agua y se apagó.

—¿Comprendes, querido? El papel ardiendo inflamará la gasolina. Nuestra pequeña Van tendrá que elegir entre morir ahogada o... abrasada.

—Ajá, ya entiendo —asintió mister Gwins, impresionado por la demostración.

—Propio de una bestia carnícora, de una mente retorcida y miserable —exclamó Vanessa, espantada.

—Una brillante idea, debes reconocerla, hijita. La gasolina se consumirá por completo, sin dejar huella en el pozo. Pero para entonces, tú habrás preferido ahogarte. Vamos. Tom, querido, ¡muévete! Ve por la gasolina.

—Voy, voy —gruñó su torpe esposo.

Vanessa oyó sus pasos, alejándose, y comprendió que no tenía salvación. Incluso así, intentó una salida a la desesperada.

—Será un tremendo error, Edwidge. No quemé la carta que me enviaste, en la que me citabas aquí. Mis servidores la encontrarán

y...

—¿Y qué? —La interrumpió la bruja, con rudeza—. Lo único que averiguarán es que recibiste un anónimo. Una broma efe mal gusto, quizá, fue la causa de tu «accidente». Y nada más.

—No te confíes. Advertí a la señora Richards que venía a este lugar, y que regresaría antes de las ocho. ¿Qué hora es? —preguntó Vanessa con ansiedad.

—Muy cerca de las nueve de la noche, si eso te sirve de consuelo, querida —respondió Edwidge, sádica.

¡*Las nueve!* Y nadie acudía en su ayuda. Había, pues, que descartar toda esperanza. Nadie vendría a salvarla. O, en cualquier caso, cuando llegasen sería demasiado tarde para ella.

Al poco rato, Edwidge, que permanecía de bruces al borde del pozo, consultó de nuevo su reloj.

—Las nueve y diez —gruñó, malhumorada—. ¿Qué estará haciendo ese estúpido de Tom? Me apostaría una libra a que está empinando el codo.

En aquel momento se oyó el rumor de unos pasos precipitados. Gwins acababa de penetrar en la estancia del pozo. El depósito de gasolina se volcó cuando aquel torpe individuo lo dejó en el suelo y un chorro líquido cayó sobre los cabellos mojados de Vanessa, que olfateó el aire aterrada. *Gasolina.*

—¡Viene un automóvil! —balbuceó Tom, asustado—. ¡Está a menos de cien metros de aquí! ¿Qué esperas, Edwidge? ¡Hemos de escapar ahora mismo o nos atraparán! He reconocido el vehículo que se acerca: es el *Talbot* de Vanessa.

—¡Espera! —bramó su esposa—. Tengo que arrojar la gasolina, prender fuego al pozo antes de que...

—¡De ninguna manera, pedazo de mula! —Se encrespó por primera vez el señor Gwins—. ¡Corre!

Quizá todavía sea hora de escapar. Por fortuna, dejé el coche detrás de la casa. ¡Apúrate!

El rumor de los pasos se alejó. Todo quedó en silencio y a oscuras, pero... la superficie del pozo estaba cubierta de la gasolina, que corría aún por las resbaladizas paredes. Los cabellos de Vanessa estaban completamente empapados del combustible.

Pasaron unos minutos. Luego se oyeron voces excitadas que gritaban su nombre.

—¡Vanessa, Van!! ¡Responde! ¿Dónde estás?

—¡Aquííííí, en el pozo! —chilló la joven con toda la fuerza de sus pulmones.

Una potente luz iluminó el techo de la estancia, allá arriba. Los pasos se aproximaron.

El primer rostro que apareció en el borde del pozo fue el de Max Russell, luego los de los agentes McMills y Glops. También Thompson se asomó, seguido de la señora Richards, a quién sostenía uno de los policías.

—¡Por el amor de Dios! —gritó Vanessa, a punto de desvanecerse—. ¡Que a nadie se le ocurra encender un mechero o una cerilla! ¡El pozo está inundado de gasolina!

—¡Jesús! —exclamó la señora Richards, espeluznada.

—Calma —recomendó Max Russell—. Aguanta aún unos minutos. Van. Vamos a sacarte de ahí enseguida. ¡McMills, Glops, traigan la escala! —Miró hacia abajo y forzó una sonrisa—. Ánimo, Van. Has sido muy valiente. ¿Sabes una cosa? Cuando la señora Richards me telefoneó y mencionó *Hogany Manor*, tuve un presentimiento. Conocía la existencia de este pozo y temí... Bien, dentro de un momento estarás a salvo.

—Max, ¡los Gwins! Acaban de escapar. Querían... abrazarme en el fondo del pozo. Por eso vertieron un depósito de gasolina —exclamó Van, desmayadamente.

—No te inquietes, les detendremos. Ahora lo único importante es sacarte de ahí.

—¡Dios mío, apenas puedo sostenerme ya! —sollozó *lady* McKarlish—. ¿Por qué tardaste tanto en llegar aquí?

—Nos encontramos con el puente hundido y tuvimos que dar un rodeo de casi cuarenta kilómetros a lo largo de Sunsetville, Suffolk y Cornway. Pero ya está aquí la escala.

Hicieron descender la escalera de resistente cordaje y Russell bajó inmediatamente. Abajo, tomó a Vanessa por un brazo, la izó, abarcóla por la cintura y ascendió despacio.

En cuanto el policía dejó a *lady* McKarlish en el suelo, la joven perdió el conocimiento.

CAPÍTULO 8

—Milagroso —comentó el veterano doctor Fulham—. No hay síntomas de pulmonía, a pesar de su prolongada permanencia en el agua. *Lady Van* apenas muestra señales de una intensa debilidad.

—¿No sería mejor trasladarla a un hospital de Londres? —consultó la señora Richards.

—No lo estimo necesario. Por otra parte, yo permaneceré toda la noche aquí, por si se presentase algún contratiempo —respondió el médico.

Miró a Russell, a la señora Richard y a Gladys Jones, y añadió:

—Ahora, déjenla descansar. Pero antes tráiganle una infusión caliente. Su organismo reaccionará. Todos abandonaron el dormitorio. Diez minutos después, Gladys penetraba en la alcoba y dejaba una bandeja en la mesilla de noche. Vertió el ardiente líquido de una jarra en la tetera y la tapó.

Durante unos instantes observó con insistencia a Vanessa, que parecía profundamente dormida.

De repente, la asió con brusquedad por un hombro y la zarandéo hasta que la joven abrió los ojos.

—El té, *lady Van*. El doctor Fulham quiere que lo tome ahora mismo —dijo.

—Dame una taza, por favor. Apenas tengo fuerzas para mantener los ojos abiertos —suplicó—. Antes debo hacer otra cosa, querida.

La doncella sacó una cajita cromada del bolsillo de su bata de franela. La abrió, la puso sobre una mesita auxiliar y comenzó a preparar una inyección. Con gran habilidad, rompió una ampolla y absorbió la solución con la jeringuilla.

—¿Qué es eso? —musitó van.

—Un sedante. La ayudará a dormir. Orden del doctor Fulham —le informó la doncella.

El rostro de Vanessa se crispó.

—No voy a permitir que me ponga esa inyección —anunció.

—¿Por qué? —Un rictus de ira contraía las facciones de Gladys.

—El doctor Fulham jamás permite que otras personas me pongan inyecciones... *porque él sabe muy bien que soy alérgica a determinados inyectables. El doctor Fulham no le ha ordenado que me ponga esa inyección.*

Gladys retiró la ropa de cama con un gesto violento.

—Lo siento, jovencita: a pesar de todo tengo que inyectarte —pronunció, inexorable.

—¡Espere! —gritó Van—. ¿Qué contiene esa jeringuilla?

La doncella le tapó la boca con un pañuelo.

—Digitalina. Una dosis suficiente para provocarte un colapso. Te pincharé en el cuero cabelludo y tus abundantes cabellos ocultarán la minúscula marca del pinchazo. El doctor Fulham pensará que tu corazón se detuvo por causas naturales.

Van se debatió en el lecho. Quiso gritar, pero no pudo. Sus ojos horrorizados contemplaron con estupor a la mujer que la sujetaba férreamente.

—Sí, sé que acabas de adivinarlo —murmuró Gladys, acercando la jeringa hipodérmica—. Mi verdadero nombre es Glynnis Brown. Phil Hobson es mi hijo, ¿comprendes? No he conseguido eliminarte hasta ahora, pero...

Una intensa palidez cubrió el rostro de *lady* McKarlish. ¡La amante de Harold...!

—¡Quieta, maldita! —barbotó la falsa Gladys—. No podrás impedir que te...

Van dejó de luchar de improviso. Su mano derecha rozó la mesilla de noche, alzó la tetera y en un supremo esfuerzo vertió el ardiente líquido sobre el rostro de la doncella.

Un chillido penetrante brotó de los labios de Glynnis Brown. La doncella retrocedió ciegamente, tapando su rostro con ambas manos. Tropezó en el tocador y cayó de espaldas, mientras lanzaba al aire alaridos que más parecían bramidos de fiera salvaje.

A sus gritos, acudieron en el acto Thompson y el doctor Fulham.

—Iba a inyectarme digitalina —les informó Vanessa—. En el último momento, pude coger la tetera y... Bueno, esa mujer tiene el rostro abrasado. Su verdadero nombre es Glynnis Brown, la amante

de mi esposo.

Entre el mayordomo y el médico, tomaron en brazos a la infeliz mujer y la sacaron del dormitorio, al tiempo que Helen acudía a cuidar a Van.

Algún tiempo después, volvió el médico.

—A Glynnis Brown la han trasladado a un hospital de Londres, después de practicarle una cura de urgencia. Tal vez algún día la cirugía estética logre devolverle sus bellas facciones —anunció con voz grave.

Recogió la jeringuilla de la cama, vertió unas gotas en la palma de su mano, lo olfateó y observó su color.

—Digitalina, en efecto —dictaminó—. Una dosis suficiente para matar a un caballo.

El horror había concluido, al parecer. De nuevo volvía la calma.

Al día siguiente, Max Russell acudió a la residencia McKarlish y se entrevistó con *lady* Van.

—Radiamos una orden de captura a los Gwins a los puestos de policía de los condados vecinos. A medianoche, organizamos una batida —informó a Van—. A partir de *Hogany Manor*, los Gwins habían huido locamente a campo través en su automóvil. Fue fácil, en principio; caía una gran nevada que cubrió pronto las huellas. A las tres de la madrugada llegamos al canal de Bedfordshire. Descubrimos un *Cooper* convertible en el fondo del canal.

La copiosa nevada impidió que la policía rescatara el coche hasta las primeras horas de la mañana.

—Una grúa sacó el *Cooper* del canal. Dentro hallamos los cadáveres de Tom y Edwidge Gwins.

El policía observó fijamente a Vanessa y dijo con voz cálida:

—Sé que has sufrido mucho, Van. Por fortuna, creo que tus temores no volverán a repetirse. Todo ha terminado.

Sin embargo, nuevas dudas inquietaban a *lady* McKarlish.

En el fondo de su corazón, ella agradeció la dedicación y el afecto que había demostrado el jefe de policía de Harrew Town.

Pero... ¿por qué cada noche ladraban desafortadamente los perros? Desde el ventanal de la biblioteca, Vanessa atisbaba el parque después de apagar la luz.

La nieve que cubría las avenidas del parque permitía seguir las siluetas oscuras de los «dobermans», que se lanzaban sobre la valla

y ladraban, muy inquietos, durante la noche. Y los perros se movían siempre alrededor del mismo lugar. Un detalle curioso.

Una mañana, Van examinó la valla. Una simple ojeada le bastó para constatar que alguien había intentado abrir un boquete en la malla de acero, aunque los perros, probablemente, habían frustrado el intento.

Ordenó que fuese reparada la valla y contrató a un vigilante armado, puesto que Russell —dando el asunto por resuelto— había retirado de la mansión a Thompson, que se había hecho pasar por mayordomo, pero no era sino un agente de policía.

Por supuesto, la operación exigió la connivencia de Herbert Williams, el director de la agencia de servicio doméstico. Williams se sentía disgustado, sin embargo, por haberse dejado engañar por los falsos certificados de Glynnis Brown.

—Seleccionaré a su nuevo servicio escrupulosamente, *lady* Vanessa —prometió Williams. Y cumplió su palabra, pues la propia *lady* McKarlish comprobó personalmente la veracidad de los informes del nuevo mayordomo, de la joven doncella enviada por el agente y del vigilante jurado, un policía jubilado.

El día veintiuno de diciembre, Vanessa se hizo trasladar a Harrew Town con el fin de realizar algunas compras. Pensaba adquirir algunos regalos navideños para Phil Hobson, puesto que el niño no era responsable de las canalladas de sus criminales parientes.

Después pasó por el puesto de policía y entregó su regalo a Max Russell, que no disimuló su emoción al descubrir una preciosa pitillera de oro, grabada con sus iniciales.

—¿Ha habido noticias de Glynnis Brown? —le preguntó *lady* McKarlish.

—No ha sido interrogada aún —respondió Max—. Sigue ingresada en la unidad de vigilancia intensiva del hospital. Su estado es grave.

—Lo siento —pronunció Van, sincera—. No te olvides de venir a almorzar el día de Navidad. Me gustaría que estuviésemos juntos ese día, Max.

—En... encantado —agradeció el policía, discretamente ruborizado.

Más tarde, Vanessa visitó una tienda para fumadores y compró

varios cartones de cigarrillos para su vigilante y el nuevo mayordomo. Charló unos minutos con la dueña de la tienda, y se alejó, pensativa, hacia Main Street, donde la esperaba el chófer.

Esa misma noche se decidió. Tenía que salir de dudas por encima de todo, incluso de su propia tranquilidad. Su incertidumbre se concretaba en una pregunta... ¿Habría muerto verdaderamente Harold Hobson o estaba vivo?

Tenía que comprobar sin lugar a dudas si su cadáver, los auténticos restos mortales de su esposo, ocupaban un sarcófago en el panteón de los McKarlish.

No dudó en escalar la verja del cementerio. Acababa de dejarse caer al otro lado, cuando descubrió las huellas sobre el suelo nevado. *Lady* McKarlish caminó en pos de ellas. Tenía un presentimiento, que se cumplió dos minutos más tarde: las únicas pisadas que hollaban la nieve terminaban en el panteón propiedad de la familia McKarlish.

Descendió los cinco peldaños que llevaban a la cripta, encendió una linterna e introdujo una llave en la cerradura de la puerta de cristal y hierro forjado.

No se produjo ningún chirrido. Los goznes de la puerta estaban bien engrasados. Empujó y entró, apoyada en sus nuevas muletas.

En el suelo de mármol, la linterna descubrió numerosas colillas de cigarrillos «Gold Flake Special». Miró los seis sarcófagos que formaban la cripta.

A la izquierda estaba el de su esposo.

Van encendió un cigarrillo. Estaba decidida a retirar la losa del sarcófago de Harold, aunque le horrorizase tan repugnante tarea.

Un chirrido la obligó a volverse de un respingo.

¡La losa del sarcófago de la izquierda se estaba moviendo! A Van, se le fue la linterna de la mano.

—Buenas noches, esposa mía. Bienvenida a la Casa de la Muerte —pronunció una cínica voz varonil.

Harold Hobson salió del sarcófago y recogió la linterna.

—No pareces muy asustada, Vanessa. Y, créeme, deberías estarlo —rió Harold. Cruzó por su lado y corrió a la cancela. Después de echar un vistazo al exterior, volvió junto a la paralizada *lady* McKarlish. Ella dejó escapar un hondo suspiro que desahogó sus

pulmones.

—Tenía mis dudas. Harold —pronunció con voz lejana—. No podía explicarme el motivo de que yo fuera la víctima de una verdadera ofensiva de terror, de los sucesivos intentos de asesinato. Tus familiares e incluso Glynnis Brown carecían de la inteligencia necesaria para urdir tan diabólico plan. Ellos... sólo eran figurantes.

—Pero me ayudaron mucho. Aunque todos fracasaron sucesivamente en sus intentos. Confieso que traté de volverte loca, pero no estaba dispuesto a retroceder ante nada —declaró Harold con absoluta desfachatez—. Sin embargo, has demostrado una gran imaginación. ¿Por qué viniste aquí?

Ella explicó:

—Esta mañana compré cigarrillos en una tienda de Harrow Town. Su dueña me preguntó si tú tenías un hermano gemelo: un joven idéntico a ti, aunque con barbita y bigote, le compraba a menudo cajetillas de Gold Flake Special. Su cliente conducía una moto de gran cilindrada...

—Comprendo —admitió Harold—. Soy un tipo osado, incluso cínico. Yo hubiera querido liquidar este asunto cuanto antes...

—Sí, apoderarte de mi dinero a través de tu hijo. Sin embargo, no necesitabas matarme para tener todo lo que quisieras. Sólo que tú... no me amaste nunca, ¿verdad, Harold? —preguntó Vanessa con acento triste.

—No, para qué mentir. Me resultabas remilgada, demasiado delicada y exquisita. Todo formaba parte de un plan. Me hablaron de ti y de tu fortuna...

—Es terrible, Harold. Me casé con una bestia sanguinaria.

—Di lo que quieras. Has venido a caer en la trampa y tengo que matarte. No será doloroso. Puedo partirte el cuello con un solo movimiento. Después tendré que enterrarte en mi propia tumba, pues no quiero exponerme a sacar tu cadáver de aquí. Tendré que esperar algunos años para gozar de tu fortuna, supongo. Dentro de siete años, Phil será mayor de edad y entrará en posesión de su herencia, que yo «administraré».

—No es justo que yo ocupe esa tumba, Harold. —Vanessa retrocedió un paso—. ¡Eras tú quién estaba muerto, tú quién debería retornar a las tinieblas! Dime, Harold, ¿quién era entonces el hombre al que destruyó el tren?

Él se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso? Un vagabundo de mi edad y apariencia física. Le di unas libras para que se dejase practicar una herida en el codo derecho. Cuando cicatrizó, lo maté. Tuve que deformarle las facciones a golpes. Luego le arrojé a la vía cuando pasaba el tren y empujé mi motocicleta «Honda».

—Eres un criminal, un asesino sin escrúpulos —dijo Van, horrorizada—. ¡Y pensar que estuvimos casados...!

Cerró los ojos. Harold elevó sus fuertes manos, que se cernieron como garras sobre el cuello femenino.

Se oyó un gruñido ahogado y el golpe de un cuerpo al golpear el suelo. En la entrada de la cripta estaba Max Russell, que acababa de lanzar su porra contra el rostro de Harold, el cual yacía sobre las losas.

Atontado por el golpe. Harold intentó agarrar a la mujer, protegerse con su cuerpo. Pero ella alzó su pierna escayolada y le asestó una tremenda patada en pleno rostro.

Russell se acercó y trató de reducir a aquel loco que bramaba como un animal, pero Harold le rechazó de un cabezazo y escapó. A los pocos segundos se oyó el zumbido del motor de una moto en el exterior.

Max se alzó del suelo. Sangraba por la nariz, pero sonrió cuando *lady* McKarlsh le ofreció un pequeño pañuelo.

—Extraña situación —dijo el policía—. Tendremos que perseguir a un hombre «fallecido» hace cuatro meses.

Abandonaron la cripta y cruzaron el cementerio. Ambos se acomodaron en el *Morris-Minor* de Russell y se dirigieron al puesto de policía. Max estaba dando la descripción de Harold Hobson al operador de radio, cuando entró el agente McMills.

—No es necesario —les informó McMills—. El tren de las diez de la noche acaba de atropellar a un individuo que corresponde a esa descripción. Trataba de cruzar el paso a nivel, cuando el tren le alcanzó. Su cuerpo ha quedado partido por la mitad.

Muy pálida. Van consultó su reloj: eran las diez y cuarto. La justicia se había cumplido, finalmente.

—Te llevaré a casa —propuso Max Russell. Y ella asintió.

En compañía de Russell se sintió protegida y confortada. Pocos días después, ambos se reunirían en Navidad.

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

